

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

**PUNTO
ROJO**

muerte para un cacique

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

JOE MOGAR

MUERTE PARA UN CACIQUE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 601
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Déposito legal: B 29.137 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1973

© JOE MOGAR - 1973

texto

© DESILO - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013 — Llamada a un pistolero.

En Colección BÚFALO:

395 — Alias, Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.167 — El preso que surgió de la noche.

En Colección CALIFORNIA:

878 — El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912 — Sharon del Rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

814 — Tres revólveres y una mujer.

En Colección KANSAS:

799 — Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583 — Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

561 — El visitante de medianoche.

En Colección ASES DEL OESTE:

672 — Una silla de montar.

PRÓLOGO

Lanzó una mirada a su alrededor; todo estaba en orden.

Liz Donovan, su secretaria, se había marchado ya y el trabajo agotador del día estaba prácticamente terminado.

Jeff Donalson se apartó de la mesa despacho junto a la cual permanecía de pie y con una mueca indefinible en su rostro de luna llena, mofletudo y grasiento, se acercó a una de las ventanas.

Miró fuera.

Todo era calma en el exterior.

Un par de autobuses a los cuales se estaba dando un repaso, y ocho o diez más, silenciosos, con las luces apagadas, que habían terminado su servicio de aquel día, como lo acababa de terminar él.

Miró a los obreros, en mono, grasientos, con las llaves inglesas en las manos, con las herramientas en común, e hizo una mueca despectiva con los labios.

«Morralla...», pensó; morralla de cien caminos que no merecía ni el sueldo que ganaba.

Lo mismo que Liz.

Lo mismo que todos cuantos le rodeaban.

¡Bah! No merecía la pena pensar en nada de aquello.

Lentamente introdujo la mano en el bolsillo de la americana, sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno, y no menos lentamente se acercó a la mesa despacho y luego de encender la luz central del techo apagó la que había sobre la mesa, y una vez más, como si tratara de descubrir cualquier defecto en la disposición de los muebles, de los papeles que había sobre la mesa, incluso de descubrir cualquier mota de polvo, miró a su alrededor, y a continuación caminó hacia la puerta.

Apagó las luces, cerró a su espalda, con llave, se la guardó en el bolsillo y lentamente, tan lentamente como siempre, se acercó a la escalera y descendió a la planta baja.

Pero no abandonó el edificio, sino que yendo directamente a la puerta trasera, salió al gran patio, que hacía las veces de cochera.

Fred Stillman, el encargado de los talleres, se le acercó sin una sonrisa, sin un solo gesto, con los ojos y rostro completamente inexpresivos, y se detuvo delante de él, notando que Donalson le miraba como siempre lo había hecho, con gesto orgulloso, incluso despectivo, de pies a cabeza.

Su rostro no cambió ni ante la mirada ni ante el gesto del patrón, del dueño de todo aquello.

—¿Ocurre algo, míster Donalson? —preguntó.

Y tampoco su voz delató el odio que sentía por el hombre que tenía delante.

Donalson extendió el brazo para señalar los dos autobuses:

—¿Cómo va ese trabajo, Stillman?

El rostro del encargado continuó tan impassible como siempre.

—Bien —dijo—. Estarán listos dentro de un par de horas.

—Eso espero. Esos coches tienen que emprender el servicio mañana por la mañana, a primera hora.

—Estamos haciendo lo que podemos, míster Donalson.

—¡Un cuerno! —estalló él—. Eso es lo que se hace aquí... Y hay que hacer más, Stillman, mucho más.

—No podemos hacer milagros, y usted lo sabe. Ese material...

—No me venga con ésas, ¿entiende? —cortó Donalson secamente—. Quiero esos coches a primera hora, y los quiero en perfecto estado. Si no es así...

—Un día, míster Donalson —le interrumpió a su vez Stillman—, va a tener un disgusto con los obreros.

Donalson no dijo nada, dio media vuelta, fue a cruzar el umbral, para ir a la puerta principal; se detuvo, y respondió ahora, sin mirarle:

—Cuando no les convenga, Stillman, Liz... Bueno, *miss* Donovan les dará la cuenta.

No esperó respuesta; dejándole como otras veces, con la palabra en la boca, terminó de cruzar el umbral y en contados segundos desaparecía de la vista de Stillman.

Un par de minutos más tarde alcanzaba la calle.

Miró a su alrededor, lo mismo que había hecho anteriormente en el interior de su despacho, y tras aquella mirada se acercó a su

coche, abrió la portezuela, se introdujo en él, embragó tras dar el encendido y se puso en marcha hacia uno de los cercanos bares de Evanston, donde perdió más de media hora en consumir un bocadillo y una cerveza.

Al terminar, Donalson abonó lo consumido, dio las buenas noches y unos minutos más tarde conducía de nuevo, ahora en dirección a Chicago.

Pensaba.

En el saneado negocio que tenía... en el personal a sus órdenes... en la bella Liz Donovan... en Jessica... y por último en el hijo de Dan Farrell, por el momento su mano derecha dentro y fuera de las oficinas de personal.

El cruce con el camino que conducía directamente a sus talleres, a su oficina y a todo lo que para él y otros muchos, pero estos últimos empleados suyos, representaba.

Allí estaba, muy cerca ya... unos segundos más y lo alcanzaría. Luego Chicago y tal vez el descanso, si antes no se daba una vuelta por cualquiera de los clubs nocturnos de la Michigan Avenue.

Eso lo pensaría durante el camino.

El cruce...

No llegó, porque entonces le vio.

Fue cuestión de un segundo, maldijo en voz baja, y apretó el freno deteniendo el coche en seco, haciéndolo patinar sobre el asfalto, con un lastimero gemido de cubiertas, justo en el momento que otro coche, un coche que él conocía demasiado bien, matrícula de Chicago, se le echaba encima, deteniéndose también en seco cuando ya el motor tocaba el suyo, de través, pero sin hacerlo por puro milagro.

Donalson volvió a maldecir, abrió la portezuela, saltó fuera y se acercó al otro automóvil que continuaba con todas las luces apagadas, incluyendo los faros.

—¡Eh! —gritó—. ¿Pero qué cuernos te has creído, imbé...?

Fue lo último que dijo, una inacabada frase, un inacabado insulto, porque algo llameó ante sus ojos, a través de la abierta ventanilla del otro coche, y el impacto de la pesada bala, que tropezó con su, frente abriéndosela en canal, le pegó contra la carrocería del suyo y desde allí, ya sin vida, se deslizó mansamente al suelo donde quedó inmóvil, hecho un guñapo.

CAPÍTULO PRIMERO

—Preguntan por usted, míster Petterson. ¿Qué le digo?

Solté el periódico, un ejemplar del *Chronicle*, quité los pies de la mesa, me ajusté el nudo de la corbata, me puse en pie y fui al perchero para descolgar la americana, me la puse, y volví a mirarla.

Carrie, desde el umbral de la puerta que daba acceso a su pequeño pero coquetón despachito, sonreía, quizá un poco burlona, tal vez un poco regocijada a pesar de que ni sus ojos ni su boca sonreían, pensando, indudablemente, en la prisa que me había dado en componerme un poco, aun sin saber de quién se trataba.

—¿Hombre o mujer? —pregunté.

Le vi arquear un poco una de sus finas cejas pelirrojas.

—Un hombre —respondió.

Hice una nueva pregunta:

—¿Qué aspecto tiene?

La sonrisa que Carrie me dedicaba se amplió un tanto, pero la expresión de sus bellos y negros ojos no cambió.

—Insignificante, y no muy joven.

—¿Y...?

—Sobre unos cincuenta a cincuenta y dos años —respondió—. ¿Qué le digo?

Medité rápidamente.

Un tipo así, maldita la gracia que me hacía recibirle, pero eran malos tiempos y el trabajo escaseaba; tanto para mí, que sentía el temor ineludible de despedir a aquella muchacha que... que había trabajado para mí en multitud de casos.

¿Era sólo por esto, por costumbre?

Carrie cortó el hilo de mis pensamientos al llegar a este punto, insistiendo:

—¿Qué le digo?

—Que pase, por supuesto.

—Es lo que esperaba que me dijera.

No esperó contestación, dio media vuelta y desapareció de mi vista en menos de un segundo.

Esperé, dejándome caer en el sillón que ocupara con anterioridad, echando de menos mi botella de *whisky*, que ahora reposaba en el fondo de uno de los cajones de la mesa, completamente vacía.

No pude pensar más, porque el tipo estaba allí, en la puerta que daba acceso a mi despacho privado, en compañía de Carrie, que nos presentó.

—Míster Petterson, éste es míster O'Sullivan,
y quiere exponerle un asunto.

No dijo más, dio una nueva media vuelta y quedamos frente a frente.

Con disimulo hice lo que en otras ocasiones como aquélla: abrí el intercomunicador, sabiendo que Carrie, desde su despacho, iba a escuchar todo lo que se hablara allí.

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hizo, en uno de los sillones, frente a mí, y mientras remaba el consabido silencio de preámbulo entre los dos, le examiné.

Era... exactamente como había dicho Carrie; insignificante, y de cincuenta a cincuenta y dos años de edad. Semicalvo, de ojos pardos, al parecer bastante fuerte, y bien trajeado.

Un traje gris, hecho indudablemente por un buen sastre, de no menos calidad, y sin sombrero. Rostro correcto, tal vez un poco serio, y estaba preocupado.

Muy preocupado, si sirve esta expresión, que yo, aunque sólo fuera por el momento, creía que sí.

—¿Y bien? —pregunté, dando de lado mis pensamientos.

—Tengo un hijo.

Pensé que todos tenían hijos, o por lo menos la mayoría de los casados, y continué esperando sin pronunciar palabra.

—Tengo un hijo de dieciocho años —continuó—, que se marchó un buen día.

—¿Por qué? —Me vi en la necesidad de preguntar.

Hizo una mueca antes de seguir:

—La juventud está podrida, míster Petterson. La de hoy está

podrida desde los pies a la cabeza, y mi hijo no podía ser menos.

—¿Dónde fue? —corté, no deseando seguir por aquel terreno que no me interesaba.

—Bueno, si quiere, empezaré por... por el principio, o por lo que yo creo que fue el principio, ¿no?

—Correcto —dije, sabiendo que no podía decir otra cosa—. Hágallo.

Entre los dos siguieron unos segundos de silencio que cortó de una manera súbita.

—No quería estar en casa —explicó—. No soy rígido, pero tampoco deseo que un hijo mío, con dieciocho años, venga de madrugada, campando por sus respetos y... se marchó por eso, hace tres o cuatro meses.

—¿Ha sabido de él? —inquirí, creyendo saber qué es lo que deseaba de mí.

—Por mediación de otras personas.

—¿Y...?

—Trabaja en Evanston. Está empleado en las oficinas de míster Donalson, y Donalson es un cacique.

Me envaré, y mis ojos, obrando en contra de mis deseos, fueron al ejemplar del *Chronicle*, que aún continuaba sobre la mesa, exactamente en el lugar donde yo lo dejé.

—¿Por qué cree usted que ese Donalson, o como infiernos se llame, es un cacique? —pregunté, no sabiendo qué otra cosa decir por el momento.

Se echó a reír en mis propias narices, a pesar de la preocupación que le embargaba, y sin poderlo evitar me pregunté si su risa obedecía a su problema, si se burlaba de sí mismo o de mi pregunta por conceptuarla una imbecilidad, y no supe qué contestarme.

Lo hizo él, cortando de nuevo el hilo de mis pensamientos.

—Escuche —dijo—, he tratado por todos los medios de hacer que mi hijo vuelva, ¿comprende? Todos. Ese tipo, Donalson, es un saco de dólares y... Evanston le pertenece por entero. Incluyendo al alcalde y al jefe de policía.

—¿Soborno?

—No lo sé ni me interesa, pero el hecho persiste, ya que ni la policía me ha hecho caso. La denuncia que hice... Bueno, tal vez se perdió, o tal vez alguien la guardó en uno de sus bolsillos y se

olvidó cursarla. Sea lo que fuere, mi hijo es intocable en Evanston.

Guardé silencio antes de preguntar:

—Bien, ¿qué quiere que haga yo?

—¿Respecto a mi hijo?

—Sí, así es.

—Nada.

Me sorprendió.

—En ese caso, ¿quiere decirme para qué ha...?

El gesto de su mano me interrumpió:

—Vine por mí mismo. El asunto de mi hijo es... Bueno, quiero decir que ha pasado a segundo término.

—¿Sí...? ¿Por qué? —Fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Es sencillo —y como si adivinara dónde estaban mis pensamientos señaló el periódico y añadió—: Supongo que lo habrá leído ahí, ¿verdad? Todos los diarios de hoy lo llevan en primera plana.

—Sí, así es —dije—. ¿Qué quiere que haga?

—Que busque a ese asesino, míster Petterson.

Durante unos segundos sus palabras quedaron flotando en el aire, a mi alrededor, y por fin respondí, repitiendo una vez más:

—¿Por qué?

Se movió nervioso en el sillón, miró a su alrededor, detuvo los ojos en la ventana y sin mirarme contestó:

—He sido interrogado por la policía, míster Petterson.

—Supongo que todos los que...

—Así es —cortó secamente—, pero no como lo he sido yo. Incluso se me ha invitado, muy cortésmente, a que no me mueva de Chicago en tanto esto no se solucione.

—Explique eso, ¿quiere? —pedí, interesado repentinamente.

—El Departamento de Homicidios cree que yo le asesiné.

—¿Por causa de su hijo?

—Sí.

—Eso también debe tener una explicación, ¿no?

—Sí, así es. Un día... Bueno, fui a Evanston y hablé con el cacique. En un bar. El Mochuelo Rojo... nombre que no he oído en mi vida —ni yo tampoco, pero me lo callé, escuchando el final de su explicación—. Discutimos, y casi llegamos a las manos cuando le pedí que despidiera a mi hijo con objeto de que regresara a casa;

cuando me contestó que él, en asuntos privados, no iba a meterse, que el muchacho cumplía y que por tanto me las compusiera como pudiera.

Calló, haciendo una pausa, e inquirí en vista de que su silencio se estaba haciendo largo en demasía:

—¿Qué más?

Repentinamente, y antes de contestar consultó el reloj, y vi en sus ojos el deseo de marcharse, como si súbitamente le hubiera acometido la prisa por abandonar el despacho, o en su defecto porque hubiera recordado algo que debía hacer.

—Perdí los nervios, míster Petterson, y le amenacé de muerte.

—Había testigos, ¿no?

—Sí, así es... por lo que ellos, en el interrogatorio de la policía, dijeron todo lo que habían visto.

Encendí un cigarrillo antes de preguntar:

—¿Conoce a algunos de los que estaban en el bar aquel día?

Sacudí la cabeza, en señal de duda, tratando de recordar, hasta que respondió:

—A Liz Donovan.

—¿Quién es...?

—La secretaria particular de ese... viejo cacique.

Se puso en pie apenas terminar con aquella frase y preguntó:

—¿Va a hacerse cargo de este asunto?

Pregunté a mi vez:

—¿Le mató usted, míster...?

—No, desde luego —repuso sin descomponerse—; pero me alegro que alguien lo hiciera por mí. No... No me remordería la conciencia, tampoco, de haberlo hecho yo. Bien, ¿qué piensa...?

—Correcto —atajé—; intentaré averiguar algo.

—No quiero que lo intente, pesquisa, ¿comprende? Quiero que me saque de esta... por mí mismo, no porque me importe ni poco ni mucho quién le pasaportó. Para mí, como ya le he dicho, bien muerto está. Pero no porque me alegre de su muerte, porque simpatice con el asesino —en su voz latía el nerviosismo, por lo que no hice caso de sus palabras— voy a dejar que me asen a mí.

Estaba en lo cierto en aquello.

—Tengo mil dólares, ahora, que voy a darle para que empiece. Creo que será suficiente para... para los primeros gastos, ¿no?

—Es suficiente para todo —repliqué.

Suspiró con alivio; fue algo que no pudo evitar.

—De acuerdo —dijo. Los sacó del bolsillo y los dejó sobre la mesa—. Avísame tan pronto como sepa algo.

—¿Dónde puedo verle si le necesito?

—En el seiscientos ochenta de River Forest —dijo—, apartamento cuarenta F, piso noveno.

Tomé nota y le acompañé a la puerta.

Al quedar solo vacilé, luego di media vuelta, y pensando que se imponía hacer una visita a Evanston, y luego otra... donde no quería pensar, me volví en redondo y caminé hasta mi despacho.

Me senté donde siempre, en el sillón que había tras la mesa, y al levantar los ojos la vi.

Recostada contra el marco de la puerta observándome curiosamente por entre sus largas, rizadas y entornadas pestañas.

Fascinaba.

Fascinaba siempre dondequiera que estuviese, como en aquel momento me estaba fascinando a mí.

—No esperé que se hiciera cargo de este asunto, míster Petterson —dijo.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué?

—No lo sé. No con seguridad, pero hay algo que no me gusta.

—Ningún asesinato es del gusto de nadie, Carrie —dije.

—Sí, lo sé —avanzó un par de pasos, se detuvo, y continuó—: Pero no es eso lo que quiero decir.

—¿No?

—No.

—En ese caso...

—No me pregunte, porque no puedo dar una explicación. Es... como un presentimiento, ¿comprende? Sé que ese hombre esconde algo.

La miré pensativamente y me sorprendí diciendo:

—¿Por qué no es una buena muchacha, Carrie, se sienta en mis rodillas y discutimos eso?

Abrió mucho los ojos, con asombro, y luego sus ojos y boca rieron.

—¡Por supuesto que no voy a hacer nada de eso, querido!

—¿Por qué no?

Sus ojos, más regocijados que nunca, continuaban riendo.

—Porque me temo, míster Petterson, que usted haría de todo menos discutir ese asesinato conmigo.

Llevaba razón, por lo que con un gesto le indiqué uno de los sillones.

Carrie se dejó caer, cabalgó una pierna sobre la otra, y continuó mirándome risueña.

—¿Cuándo mataron al viejo?

—¿Donalson? —inquirí.

—¿Pero es que hay otro, pesquisa?

Hice una mueca, lo que motivó que su sonrisa se ampliara de tal modo que por unos segundos creía que iba a estallar en una carcajada.

—Anoche —dije, quizá un poco secamente—. A doscientas o trescientas yardas de donde tiene sus oficinas en las afueras de Evanston. Justo cuando alcanzaba la carretera de Chicago, y de un balazo en medio de la cabeza, tal y como dice el periódico.

—Es un mal asunto... y no sé por qué.

—Eso ya me lo dijo antes.

—Sí, lo sé, y... Bueno, ¿qué es lo que va a hacer?

—Un viaje a Evanston, tal vez hoy mismo.

—Deme un cigarrillo, jefe, ¿quiere?

Hizo intención de levantarse, se lo impedí de un gesto y poniéndome en pie rodeé la mesa a la inversa, ya con el paquete en la mano, me acerqué, le di uno, fuego, y me dejé caer en el otro sillón, frente a ella, deseando besarla, por primera vez desde que se encontraba a mi lado, como no había deseado besar a mujer alguna.

CAPÍTULO II

El silencio que reinaba entre los dos lo rompió ella con una pregunta:

—¿Por qué no deja que le acompañe, míster...?

—¿A Evanston?

—¿No dijo que quería ir allí?

—Sí, claro —dije, un tanto sorprendido—. Pero ¿para qué quiere acompañarme?

—¡Pero, querido! No voy a dejarle de la mano con esa... ¿Cómo dijo que se llamaba?

Fruncí el ceño.

—¿Quién? —inquirí.

—La secretaria de ese... cacique.

—Liz Donovan —repliqué.

—Sí, así es, por lo que no voy a dejarle a solas ni un minuto con ella.

—¿Puedo saber por qué?

—¡Oh! Supongo que sus investigaciones no irían por buen camino. Posiblemente trataría de investigar algo que no tendría relación con el crimen —se puso en pie y de nuevo me sentí fascinado por la belleza innegable de sus piernas, apenas cubiertas por la minifalda y las altas botas blancas, e inquirió—: ¿Va a llevarme?

Consulté el reloj.

—Las seis y cuarenta y cinco de la tarde.

—De acuerdo, Carrie —respondí—; empólvese la nariz, venga aquí cuando termine y saldremos a la calle.

—¿Y una vez allí...? —quiso saber.

—La invitaré a algo en el primer bar y luego tomaremos el camino de Evanston.

No contestó, dio media vuelta y se dispuso a cruzar el umbral,

camino de su despacho. Entonces la llamé.

—Carrie...

Se volvió a mirarme, y una vez más, como si adivinara lo que yo estaba pensando, vi el regocijo en sus ojos.

—¿Sí...?

—Nada —dije—. Es decir, no tarde mucho.

—No tardaré, querido.

Se fue; miré el billete de mil dólares, pensando en mi vacía botella de *whisky*, y me puse en pie para acercarme a la ventana.

Miré fuera, al exterior, a los coches que como pigmeos mecánicos se deslizaban a más de doscientos pies por debajo de mí, Fullerton Avenue arriba y abajo.

Sin saber por qué, no me gustaba aquel encargo; no me gustaban tampoco los caciques ni los policías que se venden, si es que el tipo que había perdido a su hijo, en forma figurada, claro, me había dicho la verdad.

No me gustaban los pueblos donde los agentes de la autoridad son como marionetas que se mueven a compás de la música que les toca un *gángster* más o menos encumbrado, aunque este bandido, si es que en verdad lo era, estuviera ya muerto.

De todo aquello, lo único que me gustaba era mi secretaria.

Y en aquel momento, ella dijo a mi espalda:

—¿Nos vamos ya, míster Petterson?

Me volví a mirarla.

Por unos segundos nuestras miradas se cruzaron y luego di un paso, otro y otro hacia ella, y respondí, justo cuando la tomaba del brazo:

—Ahora mismo, muchacha.

No dijo nada, tampoco hizo o dijo nada por desprenderse de la presión de mis dedos, y tiré de ella hacia el exterior.

La solté en el pasillo, para cerrar la puerta, y luego la prendí de la cintura.

No me miró.

Se dejó conducir hasta el ascensor y descendimos a la planta baja.

No la toqué en el camino, ni en la calle cuando con un mudo gesto le indiqué el bar que había al lado. Pero sí pregunté:

—¿Entramos?

—Sí, si me promete no beberse nada más que un *whisky*.

—¿Por qué uno solo?

—Usted va a conducir, ¿no?

—Sí, así es.

—Es un motivo, pero aún hay más.

—¿Y...?

Su expresión era la misma que tuvo en el despacho; de nuevo se regocijaba ante sus propios pensamientos.

—Que podría ponerme las manos encima, querido, como ha hecho en el pasillo, camino del ascensor.

—¿Y no le gusta, Carrie?

—Por supuesto que sí, no estando en horas de trabajo como ahora.

—¿Es una invitación?

—¿Para visitarme en privado?

—Cierto que sí.

—Pues se equivoca, pesquisa inteligente, ya que no voy a hacer nada de eso.

—¿No...?

—Cállese, ¿quiere?

La miré.

Había burla en sus ojos y en su boca de labios rojos y sensuales, pero aun así, no supe si me decía o no la verdad, o si continuaba divirtiéndose conmigo, por lo que opté por dar la callada por respuesta y entramos en el bar.

En la barra, subida a uno de los altos taburetes, pidió un «manhattan» con hielo, y ante su estupor, que vi en sus ojos, pedí un café solo.

Quince minutos más tarde, también sin tocarla, caminando al lado de ella, en silencio, me dirigí al garaje donde guardaba mi coche, y cuatro después, con Carrie a mi lado, empecé a conducir avenida Fullerton abajo, en busca del camino más corto para alcanzar la carretera de Evanston.

Había estrellas en el cielo cuando avistamos la gasolinera.

Miré el indicador y dije:

—Vamos a repostar, Carrie.

Me miró ladeando hacia mí su linda y pelirroja cabeza.

—¡Diablos, pesquisa! —exclamó—. Durante todo el camino

hasta aquí me he preguntado si se habría vuelto mudo. ¿En qué pensaba?

—En usted —repuse rápidamente—, pero sé que no me cree.

—Cierto que no.

—Sin embargo, me fascina.

—Eso sí lo sé —repuso ante mi sorpresa.

—¿Qué...?

—Me mira demasiado las piernas... y es halagador para mí, pero no me gusta. No lo deseo.

—No use minifalda —dije.

—En ese caso no me las miraría, y me sentiría decepcionada.

—¿Se está burlando, Carrie?

No tuvo tiempo de contestar porque en aquel momento detuve el coche en la gasolinera y toqué el claxon para que viniera el empleado.

No se hizo esperar.

Le vi acercarse al paso, como si no tuviera prisa por llegar a parte alguna, y preguntó tan pronto como se encontró al lado del automóvil:

—¿Qué le pon...?

Le interrumpí.

—Llene el tanque.

En silencio, sin mirarnos, como si hubiéramos agotado todo tema de conversación, esperamos a que terminara.

—¿Algo más?

—No, gracias —dije, y añadí, contradiciéndome—: Es decir, sí. ¿Quiere indicarnos si puede, desde aquí, dónde podemos encontrar el Mochuelo Rojo?

Nos dedicó una mecánica sonrisa.

—Está a la derecha, siguiendo esta misma carretera, y mediado el pueblo. La carretera lo corta en dos partes... y... ya verá el letrero; se ve a gran distancia.

Di las gracias, aboné la gasolina y arranqué.

Veíamos ya las primeras casas de Evanston cuando Carrie rompió el silencio.

—Una vez ahí, ¿qué piensa hacer, pesquisa?

—Tomarme un *whisky* y preguntar si alguien conoce a Liz Donovan.

—Y puede que haya bronca. ¿Lo ha pensado?

—Sí, claro —repuse, preguntándome dónde querría ir a parar—. Pero no puedo hacer otra cosa.

—Sí que puede.

—¿Sí...?

—Claro, míster Petterson. Puede entrar, tomarse un *whisky*, y mientras tanto, con el coche, puedo dirigirme a las oficinas de esa compañía, ¿no?

—Puede, claro, si me explica para qué.

—Pero... ¿quién diablos es el detective, usted o yo?

—Por el momento usted, Carrie. Más adelante ya veremos.

Sus ojos chispeaban cuando preguntó, tal vez remedándome, en tiempo pasado:

—¿Se está burlando de mí?

—Por supuesto, querida.

—¿Por qué? Ella, esa Liz o como infiernos se llame, tal vez se... muestre más explícita conmigo que no con un hombre, con un pesquisista barato de... de Chicago. Le inspiraré confianza, no tema.

Sonreí.

Era un buen plan y ella lo sabía.

Asentí en silencio acercando ya el coche al bordillo de la acera, frente al Mochuelo Rojo, cuyo «pajarito», desde el otro lado de la calle, en la acera opuesta, parecía hacernos guiños burlones con sus ojos, también luminosos, verdes, mientras que su cuerpo, rojo, claro, parecía una llama.

—Gracias —dijo—. ¿Dónde nos veremos?

—Aquí —repuse—. En ese bar.

—O en el precinto de policía —replicó ella, consoladoramente.

Callé, no deseando iniciar una discusión, y salté del coche. Di un par de pasos hacia el borde de la acera, y Carrie me llamó en aquel momento.

—Míster Petterson...

Me volví en redondo, acercándome a la abierta portezuela.

Cuando lo hice, ella ya estaba frente al volante, con las manos sobre el mismo.

—Sí...

—Es usted todo un tipo decepcionante —dijo.

—¿Por qué?

—Bueno, esperaba un beso después... luego de notar su brazo en mi cintura, querido.

Arrancó perdiéndose calle abajo; lo último que oía de ella, fue su argentina carcajada estallando burlona en el interior de mi coche.

Maldije entre dientes, miré a ambos lados de la carretera y empecé a cruzar al otro lado.

El bar.

Miré a mi alrededor antes de empujar la puerta, y entré.

Había poca clientela a aquella hora; me pregunté si era por la muerte de un cacique como Jeff Donalson o había algo más.

Me acerqué a la barra, pensando en que tenía que hacer allí mismo unas cuantas preguntas, y no sabía ni cómo ni por dónde empezar.

CAPÍTULO III

Tuve la idea justo cuando me sentaba en la barra, teniendo ya frente a mí al *barman*.

—¿Forastero en Evanston? —preguntó.

Inicié una sonrisa.

—Voy de paso, aunque estoy buscando a un amigo, al que me gustaría saludar antes de reemprender el camino.

El barman guardó silencio un par o tres de segundos e inquirió:

—¿Qué va a tomar?

—*Whisky*.

Se volvió hacia la estantería y cuando empezó a servirme, continué:

—Tal vez lo conozca usted.

El barman miró la puerta acristalada que daba acceso a la calle y replicó:

—Sí, tal vez...

—Se trata de un muchacho de unos dieciocho o diecinueve años —seguí—. Un tal

O'Sullivan,

que trabaja en esa empresa de autobuses.

El rostro del hombre se crispó en una mueca indefinible.

—Ése debe ser Jim —respondió, mirando al local. Luego señaló hacia uno de los rincones y añadió—: ¿Ve ese tipo que hay allí? Bueno, se llama Fred Stillman y es el encargado de los talleres. Él conoce al chico. ¿Por qué no le pregunta? Lo cierto es... Bueno, hace unos días que no le veo por aquí.

Tomé el vaso y bebí casi hasta mediarlo, dando de paso las gracias.

Pensando que la cosa rodaba. Casualidad o no, la cosa rodaba.

Con el vaso en la mano di media vuelta y volviendo la espalda al mostrador me acerqué a la mesa, notando ojos curiosos fijos en mí.

El tipo en cuestión estaba bebiendo, había bebido ya, y tal vez demasiado.

Frente a él había una botella vacía de *whisky* y un vaso, éste más que mediado de licor.

Me senté, examinándole detenidamente.

Alto, fuerte, con olor a grasa, manos callosas, y de unos cuarenta a cuarenta y cinco años de edad.

Me estaba mirando ya, con una mirada vacía, lejana; con una mirada que me pareció un tanto cargada de alcohol.

—¿Quién diablos es usted...? —preguntó.

Solté el vaso forzando una sonrisa.

—Vengo de Chicago y voy de paso —dije.

—Eso no me dice qué hace usted sentado en esta...

—Lo sé —le interrumpí—, pero es que vengo buscando a un amigo y... me dijeron que usted podría indicarme dónde puedo verle antes de que me vaya, y tengo muy poco tiempo. Una media hora escasa —terminé, consultando el reloj, para dar mayor verosimilitud a mis palabras.

—¿Un amigo...? ¿Y... qué ami...?

Le interrumpí una vez más.

—Se llama Jim

O'Sullivan

—repliqué—. Y trabaja...

Ahora me interrumpió él.

—Sé dónde trabaja —me miró dubitativo moviendo la cabeza de un lado para otro y continuó—: Ambos trabajamos para una misma persona, pero esa persona... La mataron anoche, ¿sabe? Pero claro que lo sabe. Tuvo... Tuvo que leerlo en uno de los periódicos, ¿no?

—Así es, lo que no me importa. Sólo vine a saludar al muchacho y a largarme de aquí.

—¿El chico...? Bueno, ahora debe estar aún en la oficina. Se acuesta bastante tarde. Esa Liz...

—¿Quién es Liz? —pregunté.

—Es... Es... Bueno, eso no le importa a usted, amigo. Una cosa es el muchacho y el cerdo de Donalson... y otra muy distinta esa... pájara. Y ahora ya se puede largar. Vamos, lárguese y no estorbe.

Tomó su vaso, lo levantó, se lo llevó a los labios y lo apuró de un sorbo.

Al terminar estaba dormido, por lo que me puse en pie y regresé a la barra. Allí terminé con el mío, aboné la consumición y tras lanzar una mirada a la clientela, que por otra parte no había cambiado, salí a la calle pensando en Carrie y en las palabras que me había dicho el que fuera encargado general de los talleres de reparación de aquel tipo llamado Donalson.

Todavía estaba en las oficinas, con aquella Liz... y tal vez con Carrie.

La calle.

Miré en ambos sentidos.

Carrie no había vuelto o el coche estaría allí, por lo que me dije que era mucho mejor preguntar por las señas de la oficina a cualquier peatón que se cruzara en mi camino.

Lo hice en el transcurso del minuto siguiente, y hacia allí encaminé mis pasos.

Las oficinas estaban cerradas, pero tuve suerte.

Uno de los mecánicos, enfundado en un mono, lleno de grasa, me indicó dónde vivía la muchacha y el hijo de O'Sullivan.

Media hora más tarde sabía que aquella noche no había ido a la pensión, y que como siempre, no sabían a qué hora regresaría a dormir, si es que lo hacía, pues llevaba llave para poder entrar y salir cuando le viniera en gana, y adiviné en aquello la mano de Donalson.

Un tipo que ya empezaba a criar gusanos.

Continué andando. La casa de Liz Donovan tenía un jardín rodeándola y cercada por una enrejada tapia.

Me acerqué a la no menos enrejada puerta, un tanto sorprendido al no ver mi coche ni a Carrie, y pulsé el blanco botón del zumbador.

Un par de veces, tres, tal vez cuatro; nadie respondió a mi llamada.

Hice una mueca.

La cosa había empezado a rodar en el bar... pero se había cortado tan pronto como pisé la calle.

Carrie... podía estar ya a la puerta del Mochuelo Rojo o encaramada en uno de los taburetes, frente a la barra, esperándome.

Había perdido la noche y el viaje. El que alguien me dijera que Donalson era un cerdo, no me alegraba ni mucho menos, máxime si se tiene en cuenta de que me lo dijo un tipo completamente borracho.

Daba vista al bar, cuando les vi venir en sentido contrario. Eran dos y llevaban puesto el uniforme y la placa que les acreditaba como representantes de la ley.

Continué andando, apartándome a un lado para dejarles pasar, pero no lo hicieron.

Se plantaron frente a mí; me detuve, mirándoles, siendo observado por ambos, y esperé sin saber qué, pero recordando las palabras que

O'Sullivan

padre pronunciara en el interior de mi despacho.

—Usted es el tipo que está haciendo preguntas, ¿no?

Ninguno de los dos me gustaba.

El primero, el que hablaba, era tan grande como un gigante y tan pesado como una locomotora. De rostro brutal, innoble, y que parecía gozarse de antemano con lo que iba a ocurrir a continuación, si es que en realidad iba a ser así.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirí.

—En el bar ese que hay ahí.

Miré al segundo.

Joven, de no más de veinte años, afeminado, y de tipo inconfundible. De ojos pequeños, huidizos, y aún me gustó mucho menos que su compañero.

—¿Para qué busca a Jim

O'Sullivan?

—Es un amigo al que conocí en Chicago —repliqué.

—¿Sí...?

Fui a responder, pero el tipo afeminado se adelantó a mis deseos, cuando dijo:

—Creo que debe venir con nosotros, amigo.

—¿Dónde?

—Al precinto. Tal vez el teniente desee hacerle unas cuantas preguntas.

Pensé en Carrie y en lo que dijo.

—Pensaba irme esta misma noche, agente —dije.

Lo que no sirvió de nada como comprobé casi al instante.

—Es mejor que nos acompañe, por las buenas.

Desvié los ojos hacia el gigante, estaba sonriendo y su sonrisa era decididamente sucia.

—Correcto —respondí encogiendo los hombros—. Vamos.

—Usted delante.

No me digné responder y empecé a andar.

—Tuerza por la primera bocacalle.

Lo hice, a las diez o doce yardas recorridas.

—¿Y ahora...? —pregunté sin volverme.

—Siga adelante, que ya verá la indicación en la puerta. Está en esta misma acera.

Una vez más di la callada por respuesta y continué caminando, notando ahora, por primera vez, el peso de la automática en la funda sobaquera, pero maldito si me iba a servir para algo, contra unos agentes de la ley, fueran o no morralla.

Tan morralla como en vida lo fuera Donalson, si es que alguien no estaba mintiendo al respecto, y por el momento no tenía por qué pensar en lo contrario.

Cuatro minutos más tarde estábamos dentro, caminando por un largo pasillo, llevándoles como en todo momento, a mi espalda.

Hasta que el tipo afeminado dijo:

—Deténgase frente a esa puerta, ¿quiere?

Lo hice, se adelantó unos pasos y llamó con los nudillos.

Luego entró... para reaparecer casi en el acto, diciendo:

—Vamos, pase. El teniente le espera.

Lo hice, sin responder, y apenas cruzar el umbral le vi, sentado al otro lado de la sucia y destartada mesa.

Alto, seco, cadavérico, de rostro extremadamente delgado, y tan pálido como un sudario.

Vistiendo un raído traje de paisano que en otro tiempo quizá fuera marrón o algo parecido.

El gigante fue el primero que rompió el silencio.

—Éste es el tipo —dijo.

Callé, esperando.

Fue muy poco, apenas unos segundos, y hasta mi llegó la pregunta del teniente:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Clifford Petterson, de Chicago.

—¿Puede decirme qué hace en Evanston?

—Iba de paso, teniente; no hay una ley que me lo impida. Tampoco el que pregunte por un amigo o un conocido, si es por esto por lo que me ha traído aquí.

—¿Un tipo listo?

—No sé cómo soy ni me interesa. ¿Algo más, teniente? Debo estar en Chicago, de regreso, esta misma noche.

Miró por encima de mi hombro.

—Regístrale, Joe.

El gigante dio un paso hacia mí y permanecí inmóvil, mientras rumiaba multitud de preguntas, la mayoría de las cuales aún no tenían respuesta para mí, ni quizá la tuvieran nunca.

Unos segundos más tarde, la automática, una «Magnum» de mediano calibre estaba sobre la mesa, al alcance de la mano del teniente.

Vi sus ojos clavados en los míos y adiviné su pregunta antes de que me la formulara.

—¿Tiene licencia?

—Sí —dije—. En el bolsillo. ¿Quiere verla?

Me mostró sus dientes manchados de nicotina en su sonrisa.

—Esta pistola va a quedarse aquí, amigo. Nadie puede usarla en Evanston sin mi consentimiento.

—Creo que está en un error, teniente.

A mi espalda noté los pasos de los dos policías y me preparé, sabiendo lo que iba a venir a continuación, pero por el momento me equivoqué.

—¿Quiere explicarme eso?

Le devolví la sonrisa. No deseaba hacerlo, pero le sonreí.

—Tengo permiso especial del Gobierno de los Estados Unidos para usarla en cualquier territorio o estado de la nación, teniente. Por tanto, voy a llevármela conmigo. Si quiere ver ese...

—¡Démelo!

Introduje la mano en el bolsillo interior de la americana, viendo junto a mí, uno a cada lado, a los dos agentes, y saqué la cartera, y de ella mi tarjeta de identidad.

Me acerqué a la mesa.

Los otros dos vinieron conmigo.

Entonces se la di, y con satisfacción vi cómo sus ojos se helaban.

—Con que usted es... es uno de esos sucios hijos de perra que todo lo saben, ¿verdad?

Por el momento me tragué el insulto y repuse con otra pregunta:

—¿Me da la pistola, teniente?

Su rostro se volvió color tierra al responder:

—Cójala, figón. Y su tarjeta.

Lo hice; guardé ambas cosas. Al terminar oí la pregunta del policía:

—Supongo que no querrá contestar a ninguna de mis preguntas, ¿verdad?

—¿Qué ocurriría si fuera así, teniente?

—En realidad no lo sé con seguridad, pesquisa —respondió, mirando a sus dos secuaces—. Pero si se marcha ahora de Evanston y no vuelve...

—Eso es algo que no voy a prometer. En cuanto a esos dos... tenga cuidado, ¿comprende? Un altercado aquí, en estas oficinas, no creo que le conviniera mucho, luego del asesinato de ese viejo. De Jeff Donalson.

—Vino por eso, ¿verdad?

—Tal vez, teniente —respondí—, aunque no es del todo cierto.

—¿Quizá Jim

O'Sullivan?

—Así es. Quiero hablar con el muchacho. Sé que pusieron una denuncia en su contra por...

—¿Una denuncia? —me interrumpió—. ¿Sabes algo de esto, Joe?

Supé cuál iba a ser la respuesta aún desde mucho antes de que el policía la pronunciara.

—No. Desde luego, no.

El teniente desvió los ojos hacia los míos.

—El tipo que le dijo eso, figón, le mintió. Y ahora, ¿para qué vino a Evanston?

—Ya se lo dije; quiero ver al chico y tratar de convencerle para que regrese con su padre. Está dentro de las leyes de este estado, polizonte.

El calificativo no le gustó porque sus ojos se helaron; me regocijé de ello.

—¿Lo encontró?

—No.

—Pues no le busque más, pesquisa. Usted... apesta el ambiente. El de este despacho y el de la población. Lárguese con viento fresco y no vuelva. Esta noche... Bueno, no quiero verle por aquí mañana por la mañana.

—No estaré, teniente —afirmé fríamente—. Ahora, de lo que ya no estoy tan seguro, es de si volveré o no. Eso va a depender de algunas cosas.

—Acompáñale a la puerta, Joe —fue la respuesta que obtuve.

Salí sin volver la cabeza atrás y con un mal sabor de boca.

Ya en la acera, el gorila me miró de pies a cabeza.

—¿Quiere un consejo, pesquisa? —preguntó.

—¿Y por qué no? —pregunté a mi vez.

—Es mejor que haga caso al teniente, ¿comprende?

—No.

—Bueno, verá, hay mala gente en Evanston y usted puede sufrir un accidente.

—¿El mismo que sufrió míster Donalson, polizonte? —inquirí a mi vez.

Di media vuelta y sin esperar respuesta empecé a andar buscando la calle principal.

Vi mi coche estacionado frente al Mochuelo Rojo y me acerqué, pero Carrie no estaba en su interior, por lo que dando media vuelta entré en el bar.

En la barra, frente a un vaso de *whisky*.

La abordé y dije, sin formular pregunta alguna:

—Apure eso y vámonos, Carrie.

No respondió, se bebió el *whisky*, pagué y salimos a la calle.

CAPÍTULO IV

Carrie rompió el silencio cuando las últimas casas de Evanston empezaban a quedar atrás, y lo hizo con una pregunta:

—¿Cómo le fue, sabueso?

Hice una mueca.

—Mal —dije—. No pude ver a

O'Sullivan

hijo ni a esa Liz Donovan. Luego fui invitado cortésmente por la policía a abandonar la población, y eso es lo que estamos haciendo.

—¿Le intimidó?

—Cierto que sí.

—Es usted... un embustero, pesquisa. A usted no hay quien le intimide. Ni siquiera yo.

Sin querer darme por enterado de su última frase, pregunté:

—¿Qué pudo averiguar, Carrie?

—Si lo que quiere saber es si vi a la secretaria de Donovan, le diré que sí.

—¿Y...?

—¡Oh, querido! —repuso Carrie, como siempre burlona—. Es... muy joven y muy hermosa. Tiene más fachada que yo. En fin, pesquisa, ya la verá usted.

—¿Sí...? ¿Cuándo? —pregunté, un tanto sorprendido.

—Ella... Ella me dijo que hablaría con usted en Chicago. En su apartamento o en el despacho. Le di las señas.

Y me miró con aire inocente.

—¿De verdad hizo eso por mí, Carrie?

—¡Pues claro que sí! Y no me tiene que agradecer nada.

Continué conduciendo en silencio por algunos segundos, hasta que dije:

—En resumen, ¿qué es lo que hablaron con respecto a...?

—Dijo que era un cerdo... y algunas cosas más, y todas fuertes.

Dijo que aquella tarde salió temprano de la oficina y estuvo en el Mochuelo Rojo, tomando con Jim O'Sullivan.

Como ve, míster Petterson, una coartada perfecta.

—¿Muy amigos?

—¿Quiénes...? ¿Ese Jim y ella?

—Sí, claro.

—Bueno, dice que son sólo amigos. Amigos y nada más, pero en el buen sentido de la palabra.

Guardé silencio, tratando de coordinar mis ideas, un tanto dispares, y luego pregunté:

—Dígame, Carrie, ¿pudo hablar con el muchacho?

—No. No se encontraba en Evanston.

Me interesé en el acto.

—¿Dónde fue?

—Según creo a Chicago, querido.

—¿De vuelta al hogar?

—No. Por lo menos, *miss* Donovan no lo cree así.

Callamos; seguí conduciendo con el volante entre las manos, recordando a cierto teniente del Departamento de Homicidios de la ciudad de Michigan, diciéndome de paso que era una lástima que todo aquello no arrancara de allí, del mismo Chicago.

Pensaba que iba a tener problemas con la ley, si continuaba investigando en Evanston en torno a aquel asesinato.

Las palabras de despedida del jefe de policía no dejaban lugar a dudas, pero yo había cobrado por aquel trabajo y debía darle fin como quiera que fuese.

La miré.

Carrie había cerrado los ojos y respiraba suavemente, recostada contra el respaldo del asiento del coche.

Al clavar de nuevo los ojos en la carretera pregunté:

—¿Cansada?

Sonrió: lo vi por el espejo retrovisor.

—Sí, bastante.

Dejé transcurrir un pequeño silencio y repliqué:

—Hay un motel a una milla de aquí, Carrie. Si quiere, podemos descansar allí.

No contestó.

No en aquel momento, pero sí lo hizo cuando ya esperaba que no diría nada más.

—¿En ese lugar?

—¿Y por qué no?

Volvió a callar, y los segundos transcurrieron lentos y pesados, mientras que el runruneo del motor del automóvil continuaba sonando a mis oídos.

—Siempre sospeché que más tarde o más temprano diría eso, Cliff.

—¿Y...?

—Bueno.

No respondí.

En pocos minutos llegamos al establecimiento.

—¿Y ahora...?

Entrecerró los ojos.

—Ahora, Cliff —dijo—, sigo estando muy cansada, ¿comprende? Muy cansada...

Nos estaban esperando.

Eso lo supe apenas ambos pisamos el pasillo que daba al lugar donde tenía instalado mi despacho, llevándola a mi lado, sin tocarnos, sin rozarnos, en silencio, que ya persistía desde que aquella misma mañana abandonamos el motel donde habíamos pasado la noche.

Era un muchacho de unos dieciocho a diecinueve años.

Alto, moreno, con el pelo largo como el de una mujer, y que le caía sobre los hombros. Una simple camisa a cuadros, unos pantalones vaqueros, muy ceñidos, y botas de tacón tejano.

No me gustó su facha, la verdad.

Junto a mi oído oí la voz de Carrie.

—Creo que es...

—Ya lo sé... O por lo menos lo supongo —corté a media voz.

Me detuve frente a la puerta, introduje la llave en la cerradura y en aquel momento él habló a nuestra espalda:

—Míster Petterson, ¿verdad?

Me volví enfrentándole, y Carrie desapareció en el interior del despacho sin pronunciar palabra.

—Sí, así es —dije—. Y usted...

—Jim

O'Sullivan

—respondió—. Me dijeron que estuvo haciendo preguntas respecto a mí —extendió el brazo para señalar el interior de la oficina y preguntó—: ¿Podemos pasar?

Me eché a un lado.

—Desde luego. Entre.

Le acompañé a mi despacho y una vez allí le indiqué uno de los sillones.

Se sentó cabalgando una pierna sobre la otra, y su aire de suficiencia me crispó, casi tanto o más que su mirada, o sus palabras, que pronunció a continuación:

—Y bien, pesquisa, ¿qué es lo que quiere de mí?

—Estoy investigando un asesinato.

—Por supuesto, se refiere al de míster Donalson.

—Por supuesto que sí —remedé—. ¿Qué puede decirme?

Encogió groseramente los hombros.

—Nada —replicó—. Absolutamente nada.

—En ese caso, ¿por qué vino aquí?

—Sencillamente para decirle una cosa, sabueso; quiero que me deje en paz, ¿está claro?

—Cubro para hacer exactamente lo contrario, Jim —dije.

—Sí, lo he supuesto. Y es... por orden del viejo, ¿no?

—¿El viejo...? ¿Quién es el viejo? —pregunté, ante su tono despectivo, pero sabiendo cuál iba a ser la respuesta que iba a recibir.

—Mi padre. ¿O no es así como debo llamarle?

—Eso es cosa suya... de su educación, de su... pongamos que de su ética o de su cultura, y no mía.

Se puso en pie, pero no me moví del otro lado de la mesa donde me encontraba sentado, dio media vuelta y se acercó a la puerta. Ponía la mano en el tirador cuando pregunté:

—¿Dónde se encontraba cuando mataron a míster Donalson, Jim?

Se volvió en redondo, lo mismo que una fiera, y vi el odio brillando en sus ojos.

—Con una mujer —dijo—. Es... la perfecta coartada, sabueso.

—¿Quién era esa mujer?

—A esa pregunta ya respondí a la policía —hizo una ligera

pausa que no interrumpí y añadió al cabo de dos o tres segundos de silencio—: Tenga cuidado, pesquisa, o sufrirá un tropiezo. Quiero decir que... que... me deje en paz. Este asunto no es cosa suya, aunque cobre de mi padre. No en lo que a mí respecta.

No respondí porque no me dio tiempo para ello; abrió la puerta de un tirón y desapareció de mi vista dejando en mis retinas su rizado pelo negro, sobre los hombros, y maldije.

Aquel mocoso...

Tampoco pude terminar con mi propio pensamiento, pero sí logré saber, en un quinto de segundo, que la mañana iba a ser movida para mí, porque Carrie, desde el umbral de la puerta, dijo:

—Tienes visita, Cliff.

Arqueé una ceja, sorprendido.

—¿Quién es?

—Una mujer... y si no soy tonta, una verdadera dama. Pero ten cuidado, querido, su minifalda ofrece más posibilidades que la mía. Es... en edición de bolsillo. Y rubia por añadidura. ¿La hago pasar?

—¿Ha dicho su nombre? —inquirí.

Una vez más vi el regocijo en sus ojos y en su boca.

—¡Claro que sí, querido! Claro que sí. Es... *mistress* Donalson.

Mistress Jessica L. Donalson.

—¡Cuernos! No me digas...

—Cierto que sí, amor —cortó ella—. ¿Qué hago? ¿La tiró por la ventana?

Una vez más ajusté el nudo de la corbata y me puse la americana, ante los ojos burlones de Carrie, y al terminar dije:

—Pásala aquí, y como siempre, escucha esta conversación. O mucho me equivoco o promete ser interesante.

No respondió, hizo la del humo, y a los tres o cuatro segundos la vi de nuevo, pero no venía sola.

Era rubia, como me había dicho Carrie, y muy hermosa. Boca completamente sensual, de labios rojos y gordezuelos, incitantes, y de piernas magníficas apenas cubiertas por la minifalda... y las botas blancas de Carrie desaparecieron de mi mente apenas si la vi.

Me puse en pie, notando cómo sus grandes ojos verdes, felinos, me asaetaban.

—Supongo que su secretaria le habrá dicho quién soy, ¿verdad?

—Sí, así es. Siéntese, ¿quiere? —invité.

Lo hizo mientras Carrie daba media vuelta y nos dejaba solos.

Tomé asiento a mi vez, pero no lo hice tras la mesa, sino frente a ella, mirándola detenidamente, observándola de pies a cabeza, exactamente como ella estaba haciendo conmigo.

—¿Por qué no deja de mirarme de ese modo, pesquisa, y hablamos?

Desvié los ojos hacia su rostro, hermoso en demasía, y me dije que una mujer como aquélla podía volver loco a cualquiera, con sólo medio proponérselo.

No estaba enfadada a pesar de sus palabras, sino risueña. El brillo de sus ojos...

De nuevo interrumpió mis pensamientos.

—¿No va a preguntarme para qué he venido, míster Petterson?

—Estoy esperando a que me lo diga, *mistress*...

—Llámeme Jessica. Todo el mundo lo hace.

—¿Bien, Jessica...?

—Mataron a mi marido, pesquisa... y quiero a ese asesino.

—Estoy investigando el caso, por cuenta de otra persona.

—Lo sé.

Me sorprendí.

—¿Cómo lo averiguó?

Sonrió, mostrándome una vez más la blancura inmaculada de sus dientes pequeños e iguales, perfectos.

—Me telefonearon de Evanston diciendo que cierto pesquisa había estado haciendo preguntas.

—¿Quién la llamó, *mistress*... digo Jessica...?

—Se sorprendería al saberlo, Petterson.

—¿Por qué no me lo dice a ver si me...?

De nuevo me interrumpió.

—Eso vendrá después, al final.

—En ese caso...

—Verá, quiero que me saque de este lío.

Arqueeé una ceja, preguntándome por primera vez si todos los que de un modo u otro se relacionaron con Donalson tenían motivos para matarle, y todos eran sospechosos de la policía.

—¿Qué lío? —inquirí.

—Pueden... Pueden culparme de ese asesinato.

—¿Por qué?

Sonrió, pero ahora había cansancio en su sonrisa.

—Nunca nos llevamos bien Jeff y yo, pesquisa, hasta el punto de que... de que... Bueno, lo cierto es que no llegamos al divorcio, pero prácticamente vivíamos separados. Yo... Yo le dejé... Y los motivos, por ahora, no vienen al caso.

—¿Por qué espera que la policía...?

—Ya me han estado molestando. Aquí, en Chicago. Al parecer, hay alguien en Evanston que está interesado en cargarme con ese... con el asesinato de mi marido.

—¿Por qué está tan segura, Jessica?

—Él... ha muerto sin testar, y todo... todo es para mí. Por otra parte, cualquiera sabe, cualquiera está enterado de las diferencias que hay entre él y yo. Mejor dicho, que había. Es toda una fortuna y no hay más heredera, como le digo que yo. Es... Es un buen motivo.

—Ya le dije que estaba trabajando por cuenta de otra persona.

Me miró suspicaz, y guardamos silencio durante un largo espacio de tiempo, que aprovechamos para encender sendos cigarrillos.

CAPÍTULO V

Jessica lo rompió cuando la primera columna azul se elevó hacia el techo.

—¿Acaso por cuenta de míster O'Sullivan?

—Tengo ética, ¿comprende? —repliqué.

—Sí, claro, eso ya lo había supuesto —hizo una ligera pausa y disparó con aterradora sencillez—: ¿Qué le parecen diez de los grandes por probar que fue ese hombre el que le mató, querido?

Se puso en pie antes de que lograra darle una respuesta y la imité.

Quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos, hasta que ella rompió el silencio.

—Venga a verme esta noche, pesquisa, si ha decidido algo.

—¿Dónde?

—A mi casa. En el novecientos ochenta y tres de Riverside Drive, piso veinte, apartamento quinientos C. Sobre las nueve. Luego... puede que le invite a cualquiera de los clubs nocturnos de la Michigan Avenue.

Dio media vuelta, tomó el tirador de la puerta, para salir, y entonces inquirí:

—¿Conoce a Liz Donovan, Jessica?

No se volvió a mirarme, sino que continuó abriendo la puerta, y contestó exactamente en el momento justo de abrirla:

—Es la secretaria, o era la secretaria de mi marido.

Cruzó el umbral, mientras formulaba una nueva pregunta:

—¿Sólo secretaria...?

—Eso pesquisa, deberá preguntárselo a ella o en su defecto a ese muñeco de... de Jim.

Se fue, dejándome allí, en el centro de mi despacho, con los ojos fijos en la puerta que acababa de cerrar a su espalda, puerta que se

abrió casi al instante dando paso a Carrie.

—¿Qué piensas hacer, Cliff? —preguntó.

—Tal vez le haga una visita... y esta misma noche. Me intriga lo que...

—¡Eres un completo imbécil, Jeff!

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Porque esa... *mistress* Donalson te ha tendido una trampa.

—¿Qué clase de tram...?

—El conseguir intrigarte, para que tú hagas exactamente lo que desea. Llevarte a su apartamento.

—¿Y eso es malo?

—No; supongo que no, para ti, querido.

—¿Y para ti, Carrie?

—Es mucho peor que malo. Estoy celosa. Lo estoy, y te... te...

Se fue, dejándome solo, y mucho antes de que pudiera responder, contando con que hubiera algo que rebatir a sus palabras.

El resto de la tarde la pasamos cada uno en su propio despacho, y sobre las siete y media la llevé a un pequeño restaurante, en la River Forest, y a continuación la acompañé a su apartamento.

No subí con ella, tampoco quise ver su mirada de reproche, pero lo cierto es, que aun en contra de sus propios pensamientos, tampoco pensaba ir a la cita que me diera aquella mañana *mistress* Donalson.

Tomé el camino de mi propio apartamento, adonde sin una sola parada, ni para tomarme un *whisky*, llegué tres cuartos de hora más tarde.

Abrí la puerta, cerré a mi espalda y al volverme me inmovilicé con los ojos fijos en la puerta que daba acceso al *living*, por debajo de la cual se filtraba un rayo de luz.

Avancé lentamente, con la mano pegada a la culata de la automática, y a mi vez pegado contra la pared del pasillo, preguntándome qué clase de intempestiva visita se encontraba allí, o si se abría marchado ya dejándose la luz del *living* completamente encendida.

Me detuve junto a la hoja de madera, extraje la «Magnum», y la empujé violentamente con el pie, abriéndola de par en par; por segunda vez en pocos instantes, me inmovilicé.

La mujer estaba allí; más que una mujer una muchacha, morena, de pelo largo, casi hasta media espalda, con la cabeza vuelta al lado contrario de la puerta donde me encontraba yo en aquel momento, caída en el centro del *living*, posiblemente muerta.

Una mujer que no había visto en mi vida, que no conocía.

Una de las piernas, desnuda, elegante, perfecta, la tenía doblada casi bajo el cuerpo en una postura inverosímil, y uno de los zapatos de alto tacón, casi fuera del pie izquierdo.

A su lado, casi junto a su cabeza, vi la negra y empavonada automática, e instantáneamente recordé a Lancaster, ya que aquello no dependía ni mucho menos del Departamento de Homicidios de Evanston, sino del de Chicago.

Maldije, sin respeto alguno por la muerta, y avancé un paso, automática en mano.

Di uno, dos, tal vez tres, y entonces algo reventó sobre mi cabeza.

Eso fue lo último que recordé.

Cuando abrí los ojos, me encontraba tendido muy cerca del cadáver de la muchacha, aún con mi propia automática en la mano, y el zumbador de la puerta estaba sonando de modo estridente.

Traté de ponerme en pie, pero no pude de primer intento.

Lo conseguí al cuarto o al quinto.

El zumbador seguía sonando, ahora con acompañamiento de golpes contra la puerta; me acerqué al pasillo, tambaleándome, guardando de paso la automática, pensando en que tenía que hacer algo rápidamente a fin de alejar a la visita que continuaba llamando de un modo que hacía pensar que se estaba quemando el edificio entero.

Apoyándome en la pared, notando que las piernas se me mostraban cada vez más firmes, me acerqué a la puerta.

—¡Abra! ¡Abra a la policía!

Me detuve en seco, hice una mueca, avancé un par o tres de pasos más y grité a pleno pulmón, con objeto de hacerme oír:

—¡Voy! Y dejen de llamar, ¿quieren?

El timbre y los golpes cesaron como por obra de encantamiento.

Descorrí el cerrojo, hice girar la llave en la cerradura y franquéé el paso.

Eran tres, contando al teniente Alf Lancaster, del Departamento

de Homicidios de Chicago.

Pareció sorprenderse al verme, a pesar de haber oído mi voz a través de la puerta, ya que arqueó las dos cejas, y luego preguntó de sopetón:

—Hola, Cliff, ¿te ocurre algo?

—No —dije—. ¿Por qué?

—Alguien llamó, desde no sé dónde, diciendo que había ocurrido un accidente, o que algo estaba ocurriendo en el interior de este edificio.

—¿Te dijeron que era en este apartamento, Alf?

—Sí, así es.

Y sonrió.

—Pasa —dije apartándome a un lado—. Tienes el regalo ahí dentro, en el *living*.

Lo hicieron los tres y cerré la puerta a sus espaldas.

Cuando les alcancé, los dos policías de uniforme estaban examinando al cadáver en tanto que Lancaster se mantenía inmóvil, con un frunce en el ceño.

Se volvió a mirarme tan pronto como oyó mis pasos.

—¿Dónde podemos hablar, Cliff? —preguntó.

—Ahí dentro —repliqué, señalando una de las habitaciones.

Entramos el uno detrás del otro, yo vacilando todavía, y con un dolor de mil diablos en la cabeza, se dejó caer sobre uno de los sillones sin que le hubiera invitado a hacerlo.

Lo hice yo también, en otro, a su lado, y esperé su primera pregunta que no tardó en llegar.

—¿La mataste tú, Cliff?

—Ni siquiera la conocía —dije—, ni tampoco sé a lo que vino y cómo logró entrar aquí.

No respondió a aquello, pero sí formuló una nueva pregunta:

—¿Tienes algún nuevo caso entre manos?

—Sí; pero eso, por el momento, no tiene nada que ver con tu departamento —repuse.

—¡Ah!, ¿no?

—No. Es... Bueno, de Evanston.

Se sobresaltó, achicando los ojos.

—¿Hay algún inconveniente en que me lo cuentes todo, Cliff?

—Seguro que no, si me prometes no pedirme luego el nombre de

mi cliente.

—No lo haré... por ahora. Por tanto, desembucha.

Poco a poco se lo expliqué, oyendo en el *living* el rumor que producían sus dos hombres, y terminé preguntando:

—¿Quién recibió el aviso de que aquí...?

—Uno de mis hombres. ¿Por qué?

—¿Quién lo dio? ¿Hombre o mujer?

—Es algo que no podemos predecir.

—¿No?

—No. Al parecer, o desfiguró la voz, o tapó el auricular con un pañuelo. Y ahora, Cliff, ¿qué sabes de mister Donalson?

—Nada más que lo que te he dicho.

—¿Estás seguro?

Le miré frunciendo el ceño.

—No me prestaron mucha colaboración en Evanston, teniente —dije sin dejar de mirarle—. Tampoco quiero hablar mal de la policía de allí, pero... Bueno, no me gusta la forma que tiene de actuar.

No respondió a aquello, pero sí inquirió:

—¿Conoces a la viuda?

—¿Qué viuda? —pregunté, aparentando una sorpresa que no sentía.

Lancaster dejó transcurrir varios segundos de silencio y acto seguido respondió:

—La mujer de Donalson. Una tal Jessica... no sé cuántos. Ella hereda todo el capital.

—¿Y eso es un motivo para sospechar que puede ser...?

—¿Quién te ha dicho que sospecho?

Le interrumpí.

—Nadie —dije—, pero te conozco lo suficiente. Vamos, sé buen chico y cuéntame cosas de ella.

—¿Para qué quieres saberlas, si como dices no la conoces?

No caí en la burda trampa que me tendía y respondí:

—Puede que algún día tropiece con ella, dado el caso de que estoy investigando la muerte de su marido, allí en Evanston.

—Sí, es muy posible —declaró pensativamente, para añadir sin transición alguna—: Ella es una gran dama, Cliff. Según sabemos, una gran mujer, pero con motivos suficientes para matarle, y si mucho me apuras, para quemar vivo a su... al que fue su marido.

—¡Cuernos! —exclamé—. ¿Por qué no te explicas mejor?

—Porque hay cosas que repugnan a cualquiera... Y pido a quien sea que no sea ella la sospechosa ideal en este caso... que en contraste y por desgracia lo es. No... No me gustaría tener que detenerla y mucho menos acusarla de asesinato en primer grado frente al fiscal del distrito.

No respondí de momento, pero cuando lo hice, segundos después, fue con una pregunta más:

—¿Quieres terminar de una vez, Alf?

—Mujeres, Cliff, y ella lo sabía. Luego... El último altercado fue... En fin, *mistress* Donalson se pasó tres meses largos en una clínica, de resultas de una paliza. A partir de entonces se separaron, sin escándalo, sin divorcio. Y ahora... ocurre ese asesinato.

—¿Sabes dónde se encontraba ella el día en que mataron a...?

—No puedo explicarlo, Cliff, ¿entiendes? Dijo que en su casa de Michigan, completamente sola.

—¿La vio alguien en Evanston?

—No, desde luego; pero pudo muy bien ir hasta allí, apostarse en el cruce y meterle un balazo en medio de la cabeza.

—Y sobre eso estás trabajando, ¿no?

—¿Sabes tú de algo mejor, pesquisa? Si es así, dímelo, ¿quieres?

No tuve tiempo de responder, porque en aquel momento uno de los policías se adelantó a mis deseos.

—Teniente... —llamó.

Lancaster ladeó la cabeza para mirarle.

—¿Sí...?

—Hemos encontrado en su bolso su tarjeta de identidad. Se llama Liz Donovan, de diecinueve años, afincada en Evanston.

Hice un esfuerzo para que mi rostro no delatara lo que estaba pensando en aquel momento.

«... Eso tendrá que preguntárselo a ella o en su defecto a Jim O'Sullivan».

Sobre poco más o menos aquéllas habían sido las palabras de despedida de Jessica Donalson, y en aquel momento saltaban a mi mente con fuerza arrolladora.

Ya no podría preguntarle a Liz, pero ahora... ahora todavía quedaba

O'Sullivan

hijo.

La pregunta de Lancaster me sobresaltó.

—¿La conocías, Cliff?

—No —respondí—. Creo que con ésta son dos las veces que te lo digo, aunque ahora sí sé quién es.

—¿Sí...?

—Era la secretaria de ese cacique. Su secretaria particular, según tengo entendido —respondí calmamente, sin alterarme por tanto por el tono incisivo de su pregunta.

Callamos ahora, y lo hicimos hasta que la ambulancia vino y se la llevó.

Entonces, cuando se fueron, fue el momento en que pensé que era mucho mejor buscar un hotel para pasar la noche.

CAPÍTULO VI

Aquella mañana, Carrie tenía los ojos cargados de reproche cuando nos enfrentamos en el despacho.

—Ésa... —dijo nada más verme—. Ésa ha estado llamando una y otra vez.

—¿Quién es...?

El timbre del teléfono interrumpió el final de la frase que iba a pronunciar.

—Ahí la tienes otra vez, Cliff.

Sin responder crucé el umbral de la puerta que daba acceso al mío, me dejé caer en el sillón, y casi en el acto oí el timbre del teléfono.

Tomé el auricular.

—Petterson al habla —dije—. ¿Diga...?

Aquella voz sólo la había oído una vez; sin embargo, sabía que la reconocería siempre entre un millón de ellas.

—¿Debo darle las gracias por el plantón?

—Que yo sepa, Jessica —dije suavemente—, no teníamos ninguna cita. ¿Es o no es así?

—Sí, creo que sí.

—En ese caso...

Me interrumpió.

—Le llamo para preguntarle si puede venir a verme. Es urgente.

—¿Ahora?

—Sí. Estoy en mi apartamento.

Consulté el reloj y al ver la hora que era, me dije a mí mismo que aquello iba a costarme el importe de una comida, si aceptaba.

—¿Por qué no viene usted aquí, Jessica? —pregunté.

—Podría darle alguna razón de peso, pero no puedo.

—¿No puede o no...?

—Pongamos que no puedo, Petterson —atajó ella—. ¿Se decide?

¡Ah! No voy a estar sola.

—Eso quiere decir que...

—Tengo compañía. Si viene, creo que resultará interesante... aunque sólo sea por una vez. Interesante para usted, se entiende.

Vacilé ahora, pero sólo fue cuestión de unos segundos.

—Correcto —dije a continuación—, estaré ahí dentro de media hora.

Corté la comunicación, levanté los ojos, y me enfrenté con los de Carrie.

—¿Pero es que vas...?

—¡Claro que sí, pequeña! —Me acerqué un tanto, la besé en los labios, llevé las manos a mi cuello, correspondió, y continué tan pronto como pude soltarla—: Anoche, y si has leído los diarios ya lo sabrás, asesinaron a Liz Donovan en mi apartamento, querida.

—¡Clifford!

—Y quiero saber —continué sin hacer caso de su exclamación— dónde se encontraba *mistress* Donalson en aquel momento... y quién es la persona a la que desea que vea en su apartamento.

—Apuesto a que estará sola, y tú eres tan imbé...

Salí sin esperar a que terminara de hablar.

La calle.

Miré en ambos sentidos, empuñé el volante de mi coche y pensando en el teniente Lancaster puse rumbo hacia el apartamento de Jessica Donalson.

No le había gustado a Lancaster el encuentro del cadáver de Liz en mi apartamento; no le habían gustado ninguna de mis declaraciones, y no le había gustado, y esto mucho menos, mi intromisión en aquello.

No le dije cuál era mi cliente, pero sé, estoy completamente seguro, que el teniente sospechaba de dos personas; de la propia Jessica y de

O'Sullivan

padre. Eran los dos sospechosos, los dos que podían muy bien desear la intervención de un detective privado, capaz de embrollar las cosas, retrasando la acción de la policía, aunque aquello significara carecer por completo de ética profesional.

Detuve el coche un poco antes de llegar, descendí, y una vez en la acera miré a mi alrededor.

No vi a conocido alguno; a nadie de la bofia y a ningún tipo que pudiera seguirme, que me hubiera seguido hasta allí. Todavía me dolía la cabeza del golpe recibido la noche anterior y no deseaba, si podía, que volviera a repetirse.

Empecé a andar, buscando el número correspondiente y una vez que lo hube encontrado entré en el portal y examiné la tablilla indicadora.

Hasta aquel momento, Jessica había dicho la verdad.

Subí utilizando el ascensor; frente a la puerta de acceso a su apartamento vacilé un poco antes de pulsar el blanco botón del zumbador, pensando en las palabras de Carrie.

Finalmente lo hice y esperé.

Fue muy poco, cuestión de segundos, y de nuevo, dentro de la blusa con escote en V, que dejaba ver el nacimiento de los firmes pechos, y la minifalda en edición especial, sin medias y con zapatos de alto tacón, la vi, sonriendo desde el interior del apartamento.

—Vamos, pesquisa, entre y no se quede ahí embobado, como si nunca hubiera visto a una mujer con minifalda —dijo apartándose a un lado.

Crucé el umbral, Jessica cerró a nuestra espalda y luego me prendió del brazo y tiró de mí hacia el interior.

—Tengo visita, ¿sabe? —dijo sin preámbulo alguno—, y es importante.

—¿Para mí o para usted?

—Tal vez para los dos. Es... el abogado de la familia.

Me detuve en seco mirándola a los ojos y ella me sostuvo la mirada, tal vez un poco anhelante, quizá un poco curiosa por saber qué es lo que yo iba a preguntar.

Lo supo casi al instante.

—¿El abogado de su familia o el de mister Donalson?

—El de mister Donalson, cuando vivía... así como el mío. Phil jamás me abandonó. Ni en vida de... Del que fue mi marido.

—¿Amigo suyo?

No se alteró, por lo que creí que no había entendido mi pregunta, pero no era así ni mucho menos; como comprendí a continuación.

—¿Íntimo?

—Sí.

—No, Petterson. No lo fue antes ni lo es ahora. No quiero que otro perro bastardo me ponga las manos encima. No, no lo deseo — me miró entrecerrando los ojos y añadió sin transición alguna—: Me gusta usted, ¿sabe?, pero eso tampoco significa nada. Juré... Juré que no pertenecería a nadie más, fuera o no mi marido. Con una experiencia ha sido suficiente.

—¿Cree que eso me interesa?

—Por supuesto que no, pesquisa; pero se lo digo por si cambia de parecer cualquier día, en cualquier momento. Vamos, por favor...

A pesar de sus palabras, Jessica continuó prendiendo mi brazo, y de este modo, ahora en silencio, alcanzamos el *living*, para enfrentarme a continuación con el que en aquel momento, con un vaso más que mediado de *whisky* en la mano izquierda, se levantaba del sillón donde había permanecido sentado, para recibirnos.

Alto, delgado, atildado, elegante, y de unos treinta y cinco a cuarenta años de edad. Ojos negros y pelo rubio, lo mismo que el de Jessica, y con tipo de atleta. No sonrió, no se acercó ni tendió su mano hacia mí cuando la muchacha nos presentó.

—Phil Lester —dijo—, éste es Clifford Petterson, investigador privado.

Hizo una leve inclinación de cabeza y tomó asiento, ya con los ojos fijos en el fondo del vaso.

Oí la pregunta de Jessica:

—¿No se sienta, míster Petterson?

Entonces fue cuando me di cuenta de que ella había soltado mi brazo.

Tomé asiento en otro de los sillones.

—¿Quiere beber algo?

Denegué con la cabeza, esperando.

—Pues yo, si no tiene inconveniente, voy a acompañar a Phil.

No dije nada, continué esperando.

Y fueron varios segundos, que el propio Lester rompió con una pregunta.

—Espero que ahora me dirás para qué le has traído aquí, ¿verdad?

Jessica se sentó, frente a los dos, cabalgó una pierna sobre la

otra, y una vez más supe que eran completamente perfectas.

—Cuento contigo para que le convenzas a que trabaje para mí.

—No voy a hacer nada de eso, Jessica, y tú lo sabes.

Intervine en aquel momento; no me gustaba su untuosa sonrisa ni su aire de suficiencia.

—¿Tal vez porque no pueda indicarme dónde pasó la noche, míster...?

Dejé inconclusa la frase cuando mis ojos se cruzaron con los suyos.

—¿Debo explicarlo, pesquisa?

—Me llamo Petterson, picapleitos —dije suavemente—. Y sí, quizá tenga que hacerlo. Dos noches, la que mataron a míster Donalson, y anoche sin ir más lejos. Mataron a...

—Ya lo sabemos, Petterson —cortó ella—. Lo hemos leído en los periódicos; por si fuera poco, esta mañana, no hace mucho, estuvo aquí ese teniente de Homicidios, y amigo suyo.

—¿Quién le dijo eso?

—¿El qué? ¿Que era su amigo?

—Sí.

—Él mismo... lo que no viene al caso. Me hizo un montón de preguntas, y terminó por pedirme muy cortésmente que no abandonara Chicago sin que él lo supiera. Fue entonces cuando llamé a Phil, pero él no desea que usted intervenga en esto.

—Lo estoy haciendo ya —dije.

Vi sus ojos fijos en los míos, pero no pronunció palabra; lo hizo Jessica.

—Sí, lo sé —dijo—; pero no es por cuenta mía. Yo voy a darle quince mil dólares... Quince de los grandes, para que lleve a la cámara de gas a

O'Sullivan.

Ese viejo loco le mató... y posiblemente a Liz también.

Aquello me interesó.

—¿Por qué a ella precisamente, Jessica?

—Porque...

—¡No contestes a ninguna pregunta, Jessica! —cortó Lester secamente—. Si quieres un consejo legal, no lo hagas. No, hasta que no sea un interrogatorio oficial, y en presencia...

—Lo que en otras palabras —corté a mi vez—, quiere decir que

mistress Donalson necesita a un abogado, ¿no?

—¡Lárguese al cuerno, figón!

No me moví del sillón. Después del exabrupto de Lester les miré alternativamente, y en vista de que ninguno de los dos decía nada, insistí:

—¿Por qué a ella precisamente, Jessica?

—Por causa de su hijo. Ese melenas, ya sabe.

O'Sullivan

padre, una de las veces que estuvo en Evanston armó un altercado bastante violento en el Mochuelo Rojo, con ella, y la puso como un trapo viejo. Dijo... que la haría pedazos si continuaba viéndose con su hijo.

—¿Prometidos...?

—Hay quién dice que eran algo más que eso.

La miré fijamente, dudé entre formular o no la pregunta que se me ocurría en aquel momento; ella salió en mi ayuda, respondiendo a ella antes de formularla.

—Fue por causa de mi marido, entre otras cosas. Él... siempre fue así. No me gusta hablar mal de los muertos, pero siempre fue...

—¡Un cerdo, Jessica!

—¡Phil!

—¡Un cerdo, querida! —Estaba en pie frente a nosotros cuando pronunció aquellas palabras—. Un cerdo, que debía haber muerto hace muchos años, Jessica. Y si fuera por mí, premiaría al tipo que le pasaportó.

—¿Tanto le quiso en vida, míster Lester? —pregunté lleno de ironía, que no captó o que no quiso captar.

—Sencillamente le odiaba.

—¿Y por eso le mató?

—¿Quién? ¿Yo? —Se echó a reír y añadió—: No, nada de eso, aunque no tengo coartada. Pero hubo un tiempo en que me acusó de algo que no era cierto.

—¿De algo relacionado con *mistress* Donalson?

—Sí; así es.

—¿Y era cierto y por eso...?

No pude terminar; Lester dio un paso, o más que un paso, una zancada hacia mí y disparó el puño.

No pude esquivarlo y me alcanzó a un lado del mentón; el sillón

y yo volteamos al otro lado mientras hasta mis zumbantes oídos llegaba el pequeño e inarticulado grito de Jessica.

Cuando me puse en pie, frotándome la mandíbula, Lester ya no se encontraba en el apartamento.

Vi los ojos acusadores de Jessica fijos en los míos; pregunté, dando de lado a todo lo demás:

—¿Dónde se encontraba usted cuando...? Bueno, anoche, entre las once y doce de...

—Aquí.

—¿Sola?

—Siempre lo estoy. Por eso su amigo...

—¿Conocía a *miss* Donovan?

—¿A la secretaria de...? Sí, así es. Y yo no la maté, a pesar de saber todo lo que sabía respecto a los dos, ¿comprende? Lo hizo ese... ese...

—Eso ya me lo dijo antes.

—¡Y voy a pagarle una fortuna para que...!

—Eso también me lo dijo.

—¡Cállese! ¡Cállese de una vez! ¿Quiere? ¡Cállese o empezaré a gritar!

Y se bebió el *whisky* que tenía en el vaso de un sorbo; al mirarme preguntó, ya con perfecta calma:

—¿Viene conmigo? Es decir, si no me tiene miedo.

Se lo tenía, aquélla era la verdad. Eran dos las veces que la había visto, y Jessica estaba en lo cierto, y lo que era peor, es que lo sabía, que se había dado cuenta de aquello.

—¿Dónde? —pregunté.

—Al único lugar donde puedo demostrarle la verdad de lo que digo.

—¿A Evanston?

—Sí, así es.

—Me temo que por el momento no puede ser. No me llevo bien con la policía.

—Conozco al teniente Brenan, pesquisa. No debe preocuparse. ¿Viene, o voy a creer que me tiene...?

—¿Y si fuera cierto?

Se levantó del sillón, dio media vuelta y avanzó hacia una de las puertas del fondo del *living*, mientras respondía sin mirarme:

—Lo supe casi en el acto, pesquisa, y lo siento por usted. Ahora espéreme. Voy a buscar las llaves del coche.

Daba por descontado que iba a acompañarla, y estaba en lo cierto.

CAPÍTULO VII

Mediábamos el camino cuando pregunté:

—¿Conoce a un tipo llamado Fred Stillman?

—Sí, claro. Es el encargado general de los talleres. ¿Por qué?

—Le vi la otra noche... y me dijo algunas cosas. Lástima que sea un borracho.

Ante mi estupor, Jessica se echó a reír.

—¿Un borracho? Vamos, Petterson, que yo sepa, Fred jamás tomó una gota de licor.

—Yo le vi con una botella, la misma noche en que... ¡Cuernos! Tal vez... Tal vez sabía algo o vio algo que le... hizo perder la cabeza, si es cierto lo que me dice, querida.

No me respondió, cerró los ojos y se recostó contra el respaldo del asiento del coche.

Instantáneamente recordé a Carrie.

Luego aminoré la marcha, recordando la curva en la carretera y el bien pavimentado camino que conducía desde la misma hasta las oficinas y talleres, que ahora, por obra y gracia de un asesino, pertenecían a la mujer que llevaba a mi lado.

La curva, allí estaba.

La tomé suavemente. Un poco más adelante vi la entrada del camino, bordeado de árboles y me coloqué en el centro de la carretera haciendo uso de las luces de señalización, como que iba a tomar la curva a la izquierda... y empecé a hacerlo.

En aquel momento el coche dio un bandazo, patinó, y traté de enderezar el volante, justo en el momento en que otro de los neumáticos estallaba en la noche.

Maldije, aplicando el freno, en tanto que Jessica, con un ligero grito se enderezaba sobre el asiento.

En aquel preciso instante el cristal de la ventanilla se astilló y claramente percibimos el impacto del proyectil dentro del

automóvil.

Entonces grité:

—¡Al suelo, Jessica!

Pero no hacía falta; ella, con una envidiable presencia de ánimo, había abierto la portezuela contraria y estaba saltando de cabeza contra la hierba y los matorrales que infestaban el camino.

Un nuevo proyectil astilló otra de las ventanillas y dos más se estrellaron en la carrocería, pero ya nos encontrábamos ambos al otro lado del coche, tendidos en el suelo, yo con la «Magnum» en la mano, muy poca cosa frente a un rifle provisto de silenciador, mira telescópica y visor nocturno.

—Están tratando de matarnos, ¿verdad?

—Sí, puede ser...

Callé, pero Jessica, igual que siempre, me entendió.

—El coche es mío, a pesar de que usted lleva el volante, ¿no?; lo que según usted, están tratando de matarme a mí. ¿Es o no es así?

—Todo lo hace presumir así, Jessica —dije—. Y ahora, ¿continúa pensando del mismo modo respecto a Donovan?

—¿Y por qué no?

—Siendo así, ¿quiere decirme cómo sabía él que íbamos a venir a Evanston, juntos, y esta noche? O mejor dicho, ¿cómo iba a venir usted?

Se encogió de hombros y empezó a arrastrarse hacia la cuneta. La seguí.

Frente a nosotros, muy cerca ya, vimos las luces de Evanston, y en primer lugar las de la gasolinera donde repostara mi coche en unión de Carrie; Carrie a la que no había telefoneado.

Ni siquiera a mi amigo el teniente Lancaster. Y al pensar en él, recordé también que la mujer que llevaba a mi lado, y que ahora, al amparo de los árboles trataba de ponerse en pie, no podía abandonar Chicago, y lo había hecho, y en mi compañía.

Me levanté a mi vez.

Escuché.

Nada, ni el más leve rumor. Volví los ojos al coche de Jessica.

—Ayúdeme, ¿quiere? —pregunté—. Lo apartaremos a un lado.

—Ése... Ese hombre puede estar...

—Puede, desde luego, pero es un riesgo que tenemos que correr, muchacha. El coche no debe quedarse en el lugar que está.

Provocará un...

—Sí, lo sé.

Empezó a ayudarme sin que nadie volviera a disparar contra nosotros; al terminar inquirí:

—¿Sabe dónde podemos alquilar uno?

—No creo que haga falta. En el garaje de los talleres debe haber un par de ellos más, y apuesto a que tienen las llaves puestas. Vamos, venga conmigo.

Empezamos a andar, yo sin soltar la automática y Jessica sin decir nada en contra, a pesar de que lo estaba viendo perfectamente.

Un cuarto de hora más tarde, luego de rodear el edificio, silencioso, en sombras, nos encontramos frente a una gran puerta metálica, y vi cómo Jessica abrió su bolso para sacar un manojito de llaves.

La abrió; es decir, hizo girar la llave dentro de la cerradura y acto seguido pulsó un rojo botón que había en la pared de cemento y ladrillo, y en el interior empezó a runrunear algo. Casi al instante la puerta empezó a correrse a un lado; frente a mis ojos apareció un hueco que se fue agrandando hasta quedar por completo expedito el paso.

Había dos coches.

Un «Cadillac» y un «Mercedes», convertible, pintado en blanco.

Y tenían las llaves puestas, tal y como había predicho ella.

Ocupó el «Mercedes», levantó la capota y preguntó, una vez que me coloqué a su lado:

—¿Nos vamos?

—¿Puedo saber adónde me lleva, Jessica?

Sus ojos se mostraron risueños.

—Al Mochuelo Rojo, querido. ¿Tiene algún inconveniente en venir conmigo?

Lo tenía, desde luego, pero también era cierto que me había dicho que conocía al jefe de policía.

Me encogí de hombros y soslayando su pregunta formulé otra:

—¿Qué ocurre ahora con el servicio de autobuses, Jessica?

Ponía el coche en marcha cuando contestó:

—Stillman continúa llevando las riendas, pesquisa. Se puso en contacto conmigo y aquí es... Bueno, como si no hubiera pasado

nada, ¿entiende?

Me pregunté si ella se iba a convertir también en un cacique, en un odioso cerdo como en vida lo fuera su marido, según oídas; pero me guardé muy bien de hacérselo saber.

Empezamos a correr por el camino, hacia la carretera, y al pasar junto al coche, que ahora quedaba casi volcado en la cuneta, vi cómo sus bellos y redondos hombros se estremecían.

Fría y lejana —pensé—, pero asustada, exactamente como cualquier ser humano en un caso como aquél; exactamente como lo que era en realidad.

El Mochuelo Rojo.

Allí estaba, al otro lado de la calle.

Jessica estacionó el «Mercedes» casi en el mismo lugar donde estacionara noches atrás el mío y me miró a los ojos.

—¿Entramos?

Sin saber aún qué idea llevaba en mente, inquirí:

—¿No es para eso por lo que hemos venido desde Chicago hasta aquí?

—¡Claro que sí, pesquisa! —se burló—. Creí que no llegaría a comprenderlo nunca.

Pregunté sin que viniera a cuento, cuando ya estaba abriendo la portezuela:

—Dígame la verdad, Jessica, ¿qué hay entre usted y Lester, ese abogado?

La mano que tenía sobre la manija se inmovilizó y creí advertir una ligera crispación en los dedos.

—Nada, Petterson —respondió—. Absolutamente nada, y le estoy diciendo la verdad.

—No obstante, hubo un tiempo en que...

Se volvió a mirarme de frente, y sus ojos grandes y verdes se volvieron más oscuros; lo mismo que su voz al contestar:

—Él siempre veía en los demás las cosas que hacía por sí mismo, pesquisa. Y... deseo que eso quede aclarado de una vez por todas, ¿comprende?

Punto final.

Llevándola del brazo entramos en el bar, yendo directamente hacia la barra, donde no llegamos porque
O'Sullivan

padre se interpuso en nuestro camino.

—¡Cuernos, Petterson! —exclamó al verme—. No creí verle en Evanston por lo menos hasta... —se interrumpió al clavar los ojos en el semblante ahora inexpresivo de Jessica, y estalló, como un cartucho de dinamita—: ¿Qué cuernos hace aquí con esta polizonta? Oiga, le pago para que vigile o sirva mis intereses, y no para que acompañe a una... una...

—Creo —corté fríamente— que debe cerrar el pico y no buscar un altercado aquí,

O'Sullivan.

Jessica era una dama; eso fue lo que me dijo Lancaster, y supe que era verdad cuando se soltó de mi brazo y sin decir nada, a pesar del insulto, hecho en público, se apartó de mí, aunque sólo lo indispensable.

—¿A qué ha venido aquí con ella? ¿En busca de mi hijo? Diga, ¿le vio, pesquisa? ¿O le pagué mil dólares para que invitara a una... una?

Di un par de pasos y me detuve rozándole.

—Es mejor que se largue de aquí,

O'Sullivan,

y vaya a su hotel. Espéreme allí y hablaremos. En cuanto a *mistress* Donalson, está aquí por algo muy distinto. Ella es ahora la dueña de esa compañía. Vamos, lárguese...

No me hizo caso, levantó el brazo y apenas si tuve tiempo de esquivar el puñetazo, y a continuación hundi el mío en su hígado. No hizo falta más.

O'Sullivan

padre se dobló hacia adelante y cayó al suelo boqueando. Me volví a mirar a Jessica. Me contemplaba a su vez con las manos sobre los pechos y un extraño brillo en sus ojos.

De los dos, ante el silencio de tumba que ahora reinaba en el bar, fue ella la primera en hablar.

—¿Debo darle las gracias por eso, Cliff? —preguntó.

—No —dije—, nada de eso.

La prendí del brazo, a la altura del codo, y la llevé a la barra. Detrás de nosotros los dos guardaespaldas del dueño del local estaban sacando a la calle el cuerpo inanimado de

O'Sullivan.

Era mi cliente, es cierto, pero siempre me reventaron los tipos que insultan a una mujer, lleven o no razón, y mucho más si lo hacen en público.

Pedí un par de *whiskys* y me volví a mirarla tan pronto como quedamos solos en la barra.

—¿Era eso lo que deseaba mostrarme, querida?

—Usted sabe que no, Cliff.

—Entonces...

—Quiero que hable con un tipo que vendrá aquí esta noche.

—¿Cómo está tan segura?

—¿De que vendrá?

—Sí.

—Lo hace siempre, y esta noche no será una excepción.

—¿Y si no viene?

Tomó el vaso, se lo llevó a los labios, bebió un poco, y al terminar dijo:

—Quiero que me bese, ¿sabe?

—¿Qué diablos...?

—Olvídelo... pesquisa. Ahora, ese tipo, si no se presenta, iremos a buscarlo a su casa.

«Olvídelo», eso es lo que había dicho, y no insistí, me limité a preguntar a falta de otra cosa mejor:

—Oiga, Jessica, ¿sospecha de quién pudo ser el que nos disparó?

—¡Ya se lo dije, pero al parecer usted no lo entiende, a pesar de tenerlo delante de sus narices!

—¿Se refiere a

O'Sullivan

padre?

—¡No sea estúpido, Clifford! Usted ya sabe que me refiero a él. ¿O todavía no se ha dado cuenta del modo cómo me trató?

—¿Por qué esa antipatía hacia usted, Jessica?

Se encogió levemente de hombros.

—No lo sé, y le digo la verdad. Puede... Puede que sea... que sea porque mi marido se llamaba Donalson. Yo, y puede informarse si quiere, jamás intervine directamente en los negocios de él. Vine aquí, sí, cada vez que quise, antes de que ocurriera aquello, pero nada más.

—¿Qué tal persona es míster Phil Lester, Jessica? —pregunté,

cambiando bruscamente de conversación.

—¡Cliff!

—Conteste, Jessica, ¿quiere?

—Es un buen amigo, y eso también se...

—¿Nada más?

—Nada más.

No contesté, y di fin a mi *whisky* pensando en que no me gustaba ni poco ni mucho la llegada... o la venida a Evanston del padre de Jim.

Justo en aquel momento, Jessica dijo:

—Ahí tiene a mi invitado de honor de esta noche, pesquisa. Voy a hablarle, y luego le dejaré solo con él.

—¿Y usted? —pregunté, mirando ya hacia la puerta.

—Estaré en las oficinas de la compañía esperándole. Luego... quizá le invite a cenar.

Casi no la escuchaba, mis sorprendidos ojos estaban fijos en la figura de Fred Stillman, que en aquel momento acababa de entrar en el Mochuelo Rojo y que se dirigía rectamente hacia nosotros, sonriendo ampliamente a Jessica.

—Bien venida de nuevo a Evanston, *mistress* Donalson —dijo, tendiéndole su mano fuerte y callosa, que hablaba de horas, de muchas horas de trabajo mal remunerado—. Me alegro de verla.

—Gracias, Fred —se la estrechó entre la suya suave y bien cuidada, y añadió—: Clifford Petterson, de Chicago. Quiero... quiero que hables con él, que respondas a todas sus preguntas, Fred. Está... está tratando de ayudarme. La policía de Chicago cree que yo maté a... a...

Se interrumpió, y por primera vez me di cuenta de que siempre vacilaba antes de nombrar al que en vida fue su marido.

Stillman clavó los ojos en mí, y por unos segundos permaneció impasible, hasta que de pronto se despejaron un tanto las brumas que debían invadir su cerebro desde la primera noche en que le vi, y me reconoció.

—Usted... usted es el tipo que me hizo... unas preguntas, ¿no? Sonreí.

—Correcto, soy ese tipo.

Stillman miró a su alrededor, señaló una mesa vacía al fondo del local y preguntó:

—¿Qué le parece si nos sentamos allí, míster Petterson?

Dije que sí, y me volví enfrentando a Jessica.

Me estaba sonriendo.

—Le espero a usted —dijo, sin darme tiempo a pronunciar palabra—. No tarde mucho, si puede.

Se volvió en redondo y la miré, y continué mirándola hasta que abrió la puerta y desapareció en la calle.

CAPÍTULO VIII

—¿Quiere tomar algo, Fred? —pregunté, tan pronto como me hube sentado frente a él.

Sonrió.

—Nunca o casi nunca bebo, a pesar de lo que vio la otra noche, Petterson, pero ahora... creo que merece la pena celebrar esto con un *whisky* o dos.

Pedí la bebida. Luego pregunté:

—¿Tiene alguna idea de quién pudo asesinar a míster Donalson? Stillman, ya con el vaso en la mano, preguntó a su vez:

—¿Es cierto que trata de ayudarla?

—Sí, así es —no lo era, no del modo que él creía, pero se lo dije así—. ¿Quién pudo hacerlo?

Stillman bebió un poco sin dejar de observarme por encima del borde de cristal, y al terminar contestó:

—Yo mismo... si hubiera tenido la oportunidad... y ningún miedo —dijo—. Incluso Brenan.

Tomé mi vaso, me lo llevé a los labios y bebí sin dejar de observarle atentamente por encima del borde de cristal.

—¿Se refiere al jefe de policía? —pregunté, tan pronto como hube terminado.

—Sí, así es.

—¿Por qué?

Stillman miró a su alrededor antes de contestar, y cuando lo hizo habló con voz apenas audible:

—Es un cerdo, pesquisa. Otro como... como Donalson.

—¿Soborno?

Se encogió de hombros y luego, sin dejar de mirar a su alrededor, replicó:

—Puede ser así, pesquisa. Aunque yo creo que es otra cosa.

—¿Sí? —dije.

—Sí. Miedo. Él... míster Donalson, tenía muchas influencias en Chicago. Con el alcalde, el gobernador, la policía, los del FBI, y... y... Bueno, sé de buena tinta que en más de una ocasión le dijo que se iba a quedar sin la placa. Que iba a hacer que le destituyeran. Una especie de chantaje, ¿comprende? —hizo una pausa para beber y luego añadió—: Pudo matarle por eso, para que le dejara en paz. Muerto Donalson, el jefe de policía es prácticamente el dueño de Evanston. Luego está *mistress* Jessica Donalson. Ella... también pudo hacerlo. Le sobaban motivos.

—¿Se refiere a las palizas?

—Eso es sólo una parte del caso, pesquisa.

—¿Y la otra?

—Pudo ser... por causa de ese abogado.

Bebí, pensando, antes de formular mi siguiente pregunta:

—¿Qué hay de míster Lester?

—Él... desea a *mistress* Donalson. La presionó varias veces para que pidiera el divorcio, pero Jessica no es mujer para eso.

Dudé unos segundos, y disparé:

—¿Qué hay entre Jessica y ese abogado?

Me miró fijamente durante unos segundos y al fin contestó con otra pregunta:

—Quiere saber si son amantes, ¿verdad?

—Sí, así es.

Sonrió.

—No —repuso—. Por lo menos, no que yo sepa. Cierto que se les ha visto juntos en más de una ocasión, pero eso no quiere decir nada.

—Sin embargo, míster Donalson formuló esa misma acusación...

—Él era... Bueno, eso ya se lo han dicho a usted en muchas ocasiones.

—Sí, lo sé —terminé pensativamente con el vaso de *whisky* e inquirí—: ¿Qué puede decirme de Jim

O'Sullivan,

Stillman?

El encargado frunció el ceño.

—La verdad es que no lo sé... si se refiere usted al asesinato en sí. Tanto él como esa muchacha, Liz, se entendían.

—¿Amantes o prometidos?

Se encogió de hombros.

—Basura —afirmó categórico—. Liz, y a decir de todos, era... cosa de Donalson... Y ahora está muerta.

—¿Quién se lo dijo a usted?

—Lo leí en el periódico. Lo llevan todos en primera plana.

No respondí.

Pensaba, y lo estaba haciendo en el padre de Jim.

Le había golpeado... Jessica me estaba esperando en las oficinas de la fábrica. El padre de Jim también tenía una cita conmigo para aquella noche. Cierto que él no me contestó ni en sentido afirmativo o negativo, pero fuese lo que fuese, lo primero que iba a hacer era ir a verle.

Me puse en pie.

Stillman no se movió; simplemente inquirió:

—¿Algo más, pesquisa?

—No, nada —dije, negando con la cabeza.

—Siento no haberle podido ayudar.

—Hizo lo que pudo, gracias —repliqué.

Di un par de pasos hacia la puerta de salida, me detuve y me volví a mirarle.

—Entonces —dije lentamente—, ¿no sospecha de nadie con respecto a ese asesinato?

—Pude hacerlo yo, Petterson.

Y se echó a reír.

—Entonces —dije—, ¿fue por eso por lo que lo encontré la otra noche borracho como una cuba?

Su sonrisa se amplió:

—No. Celebraba la muerte de un cerdo, pesquisa. Fue por eso por lo que lo hice. Y si cree lo contrario, pruébelo.

No respondí, di media vuelta y salí a la calle.

Recordando. Fue entonces cuando me detuve en seco y giré a la inversa. Al ir a, entrar de nuevo en el Mochuelo Rojo me di de manos a boca con Stillman.

—¿Usted otra...?

Le interrumpí con un gesto.

—Quiero hacerle una pregunta —dije.

—¿Otra?

—Sí. Importante. Me olvidé antes.

—Correcto, Petterson —me interrumpió—. Suéltela, ¿quiere?

—¿Sabe quién tiene en Evanston un rifle con mira telescópica?

Me miró atentamente, con el ceño fruncido, y adiviné que estaba pensando adónde quería yo ir a parar con aquella pregunta.

Hasta que respondió:

—Evanston es muy grande, pesquisa. Cualquiera puede tener uno.

—Sí, lo sé, pero no me refiero a eso, y usted lo sabe. Quiero decir que...

—Sé lo que quiere decir —volvió a interrumpirme. Hizo una ligera pausa y prosiguió—: Jim

O'Sullivan

tiene uno. ¿Por qué?

No respondí a aquello, le di las gracias y caminé calle abajo, en busca de

O'Sullivan

padre.

En el *comptoir* del hotel donde se hospedaba pregunté por él.

—Habitación setenta y ocho, piso cuarto —me indicaron.

Subí utilizando el ascensor, me detuve frente a la puerta, vacilé un poco antes de llamar y al fin hundí el pulgar en el botón del zumbador.

Esperé; fue muy poco, apenas unos segundos, y la puerta se abrió enmarcándole en el umbral.

Sus ojos mostraban rencor, pero se apartó de la puerta y con un gesto me indicó que pasara.

Lo hice sin pronunciar palabra, y nos enfrentamos en la pequeña sala de estar que tenía en la no menos pequeña *suite* que ocupaba.

—Siéntese, Petterson, ¿quiere?

Lo hice, sin dejar de mirarle.

Se sentó a su vez frente a mí, y preguntó con voz oscura:

—¿Por qué diablos me golpeó, pesquisa? Creí que yo era su cliente, ¿no?

Hice una mueca.

—No me gusta que insulten a una...

—Pájara —interrumpió—. Lo digo y lo sostengo.

Arqueeé una ceja, pero no dije nada.

—Ella y ese abogado... Lester no-sé-cuántos... Entre los dos

mataron al viejo. Me apuesto lo que quiera a que fue así.

—¿Por qué?

Se echó a reír.

—Es sencillo, fisgón. Tan sencillo que hasta un crío lo adivinaría. La fortuna de un cerdo cacique. La fortuna de Donalson, y luego, él y ella juntos, ¿comprende?

—No.

Al negar, deseaba verle furioso, y lo conseguí.

—Terminarán por casarse, pesquisa, y eso lo saben todos en Evanston. Eso también lo sabía el viejo Donalson. Sé que la iba a desheredar, que iba a dejar su fortuna a no sé qué institución benéfica, ¿comprende? Por eso le mataron.

—¿Quién le dijo eso,

O'Sullivan?

—Si quiere saberlo, tendrá que enterarse por sí mismo, pesquisa. Yo nada sé, ni nada quiero saber.

—Si mal no recuerdo —dije—, usted fue el que me contrató para sacarle de un lío, para que descubriera a un asesino, ¿no es así?

—Correcto, pero eso era antes de que me golpeará. Y por una...

—Eso ya lo dijo antes,

O'Sullivan

—corté secamente—. Y ahora, explíqueme lo que quiere decir.

—Que por mí, queda fuera de circulación.

Dudé unos segundos, hasta que pregunté:

—¿Espera que le devuelva esos...?

Una vez más,

O'Sullivan

padre me interrumpió:

—No. Tómelos por su trabajo y por la molestia de todo.

No dije nada en aquel sentido, pero sí pregunté:

—¿Está seguro de que Jessica Donalson y ese abogado son amantes?

Vi el brillo de sus ojos, y luego oí su respuesta, que sonó a mis oídos como algo increíble.

—Si no es así, pesquisa, ¿quiere decirme para qué cuernos vino esta noche a Evanston? Le vi cuando salía del Mochuelo Rojo. Me crucé con él, pero estoy seguro de que ni siquiera me vio. Y... bueno, la verdad es que me llamó la atención.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno, verás; llevaba en las manos un rifle con mira telescópica. Uno de esos rifles automáticos, ¿sabe?

Durante unos instantes no supe qué replicar, hasta que un tanto más sereno lo hice.

—A propósito de rifles —inquirí—, ¿sabe de otra persona que tenga otro, aquí en Evanston?

Me miró suspicaz, con la sospecha en los ojos, pero a pesar de eso contestó con la verdad, quizá porque pensaba que yo ya lo sabía, lo que era completamente cierto.

—Sí. Mi hijo Jim tiene uno.

—Un arma prohibida para un menor de edad, ¿no?

Se echó a reír.

—Puede que en Chicago sea así, Petterson, pero no aquí.

—¿No? ¿Por qué?

—Míster Donalson, ¿comprende? Míster Donalson y la policía de este sucio poblacho o ciudad... lo que no me interesa. Mi hijo deseaba tener uno... y se lo dieron.

—¿Así de sencillo?

—Así, pesquisa. Como ve, el dólar lo puede todo. Incluso comprar conciencias.

Preguntándome si también había comprado la suya, respondí:

—Dígame una cosa,

O'Sullivan:

¿qué relaciones había entre esa muchacha, esa Liz, y su hijo?

Sonrió, pero en su sonrisa había dureza.

—Eso va a tener que preguntárselo a Jim. No es cosa mía.

—Sin embargo, usted armó un buen escándalo en el...

—No me gustaba la muchacha, pesquisa. Pero ahora ella ha muerto, y nada de lo que diga o haga en su favor o en su contra, va a devolverle la vida.

Sin saber si trataba de encubrir a su hijo, con respecto a algo que no me decía y que tal vez no me dijera nunca, pregunté:

—¿Era por ella en sí,

O'Sullivan,

o por las relaciones que la unían a Donalson?

—Es todo lo que puedo decirle sobre esto, Petterson. Y ahora, si no quiere nada más, le ruego me deje solo.

Abandoné el sillón y sin pronunciar palabra fui a la puerta, notando a mi espalda los pasos de O'Sullivan padre.

Abrí y salí al pasillo.

—Dígale a su hijo que tenga cuidado con los rifles. Que pueden darle un disgusto, sobre todo si se disparan por la noche.

No me contestó, por lo que de nuevo me vi en la calle.

Me hacía falta un coche, si quería llegar pronto a mi cita con Jessica, una cita que amenazaba con ser movida, que tal vez amenazara con... O que tal vez me hiciera perder un nuevo cliente.

Pensé en Carrie, que quizá estuviera esperando noticias mías. Vi una cabina telefónica pero pasé de largo, buscando con la mirada cualquier perdido taxi.

La suerte estaba de cara aquella noche, ya que a los pocos minutos vi uno al que detuve, subí y le di la dirección.

Pensaba, a medida que me iba acercando a la oficina del difunto míster Donalson.

Ella estaba en la puerta, en la planta baja, esperándome, al lado del «Mercedes» blanco, y se me acercó apenas descendí del taxi.

CAPÍTULO IX

—¿Vamos a alguna parte? —pregunté, mucho antes de que lograra decir algo.

—¡Oh, no! Simplemente me cansé de esperarle. Es decir, creí... que ya no vendría. Por lo menos no esta noche. Vamos, pase conmigo.

Entramos.

Tres plantas dedicadas a oficinas, y la cuarta a la vivienda.

Jessica abrió la puerta, cruzamos el umbral, cerró a nuestra espalda, me prendió del brazo y me condujo al saloncito.

Nos enfrentamos allí.

Eran la misma blusa y la misma minifalda. Fascinaba...

Di un paso a su encuentro, dos, tal vez tres, y dije:

—Usted afirmó que le gustaría.

Alargó un brazo y puso su mano de nacaradas uñas en mi pecho.

—También dije que lo olvidara, pesquisa.

—Sí, lo sé, pero ¿cree que se puede?

Sonrió.

—Sé que no, pero debe hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque si me besara, querido, luego podría tomarse atribuciones sobre mí.

—¿Como cuáles, Jessica?

—Tal vez... hasta llegara a golpearme.

—¿A usted? —Y en aquel momento decía la verdad de lo que estaba pensando—. No, Jessica, porque usted está hecha para recibir atenciones, amor y caricias, sólo para eso.

Su expresión se volvió pensativa cuando susurró:

—Si yo estuviera segura de eso...

Me acerqué más, muy poco, la tomé de la barbilla y me incliné, besándola en los labios con suavidad.

No dijo nada, no correspondió, y volví a besarla por segunda vez.

Un par de minutos más tarde nos separábamos.

Y de los dos, fue ella la que primero rompió el silencio.

—¿Quiere algo de beber?

—Usted dijo que iba a invitarme a cenar.

—¡Por supuesto que sí, querido! Aquí mismo. Prepararé algo... Espero que sepa apreciar debidamente lo buena cocinera que soy. Vamos, venga conmigo.

No se colgó de mi brazo como cuando entramos en el apartamento, sino que caminó por delante de mí hacia el comedor.

Todo dispuesto en la mesa, salvo la comida.

—Siéntese, pesquisa —dijo—, mientras preparo la cena.

Lo hice, y a continuación, sin pronunciar otra palabra más, salió dejándome solo, para regresar a los pocos minutos trayendo la cena.

Empezamos en silencio, y continuamos así casi hasta el final, como si después del beso y las caricias, una barrera se hubiera interpuesto entre los dos.

Ella pensando en cualquiera sabía qué, y yo diciéndome *in mente* que no debía darle la cena con mis preguntas, que éstas podían esperar para más tarde.

Fue Jessica la que rompió el silencio, y lo hizo de un modo que me sorprendió.

—Está pensando en mí, ¿verdad? —preguntó.

Elevé los ojos del plato y la miré a través de la mesa.

—¿Cómo está tan segura de eso? —pregunté a mi vez.

Una vez más me mostró la blancura inmaculada de sus dientes, en una sonrisa.

—Sé que es así. Sé, también, que no ha pronunciado palabra porque estamos cenando, pero que lo hará en cuanto terminemos. Quiere... preguntarme algunas cosas, ¿verdad?

—Sí, así es.

No contestó, y terminamos de cenar con el mismo mutismo del principio.

—¿Quiere café?

Asentí, y me puse en pie. La imité, y con un elegante ademán me indicó una de las puertas.

—El *living* está allí, pesquisa —dijo—. Vaya, siéntese y espere.

Lo hice.

Tardó bastante en venir, más de un cuarto de hora, pero cuando por fin la vi ante mí, llevaba una bandeja en las manos, dos tazas de café, un par de copas y una botella de licor.

Lo dejó sobre la mesita que había a mi lado, y se sentó.

—Tómese el café y desembuche, querido.

Una vez más, sin dejar de mirarla, obedecí, y ya con el cigarrillo en las manos, formulé la pregunta; la primera, la que más me interesaba en aquel momento.

—Quiero que me diga la verdad, Jessica —dije como preámbulo—. La verdad respecto a usted y míster Lester. ¿Qué hay entre los dos?

—Nada, Cliff. Eso ya se lo dije a usted. Es... un buen amigo, pero nada más.

—Ésas no son mis noticias.

—Eso también lo sé.

—¿Sí...?

—Claro. Ha estado haciendo preguntas.

—Por supuesto —respondí—. ¿O no me trajo para eso?

—Así es. Quise... demostrarle que estaba limpia de culpa, a pesar de lo que creen los demás respecto a mí y a míster Lester.

—No obstante...

—Voy a serle sincera, pesquisa, y luego piense lo que guste —me interrumpió—. Es cierto que Lester me persigue, que me ha perseguido siempre, pero nada más. No le amo, no le amaré nunca, y él lo sabe. Me desea tanto o más que me ama, según dice, pero... no es mi amante, entiende eso, ¿verdad? Ciertamente que hemos salido juntos muchas veces, pero eso no quiere decir nada. Cualquier mujer lo hace, con un hombre, por amistad, sea soltera, casada o viuda, y nadie ve nada de malo en ello, hasta que... por medio no hay un hombre como mi... mi... En fin, como el dueño de todo Evanston.

Fue entonces cuando respondí:

—Si es así, si es verdad, Jessica, ¿quiere decirme qué hace míster Lester en Evanston, esta noche, y paseándose frente a la puerta del Mochuelo Rojo con un rifle automático provisto de mira telescópica?

—¡Clifford! Eso... no es verdad...

Y se puso en pie de un salto.

—¿No? —inquirí, sin moverme.

—Pero... ¿qué... qué es lo que está tratando de decirme?

—Por el momento nada, Jessica, pero espero averiguar algo antes de mañana. Esta misma noche.

—No me diga que cree que él... asesinó a... a...

—No se lo voy a decir... también por el momento —y añadí, en brusca transición—: Usted me dijo que conocía a Brenan, ¿verdad?

Abrió mucho los ojos, sorprendida, ante una pregunta que no esperaba.

—Sí, claro... —su voz era un susurro—. ¿Por qué?

—Quiero que me diga todo lo que sepa de él, Jessica.

—Es... otro de los que estaban vendidos a los dólares de mi marido. Él y esos dos gorilas que tiene por secuaces —se sentó sin dejar de mirarme y añadió—: Creo que... que es... de los que están conmigo.

—¿En qué sentido?

—¡Oh! Bueno, estoy segura de que... haría cualquier cosa por... por dejar todo como está, Cliff.

Sabía cuál iba a ser su respuesta, pero aun así formulé la pregunta:

—¿Se refiere a usted misma, Jessica?

—Sí, así es. Estoy por apostar a que Brenan cree que yo maté a... a... En fin, que yo fui la que le quitó de en medio.

—¿Por qué tiene esa seguridad?

Desvió los ojos de los míos cuando contestó.

—Mentí a la policía y a usted cuando les dije que aquella noche estuve en mi casa, en Chicago, sola.

—¿Y no fue así?

—No. Lo cierto es que vine aquí.

A sus palabras siguió un silencio que rompí unos segundos más tarde:

—Explíquemelo todo, ¿quiere?

—Sí, así es.

—¿Y bien...?

—Tenía una cita.

La miré suspicaz y entonces añadió:

—Una cita con míster Lester, Cliff.

—¿Para qué?

—Me dijo que era... cosa del testamento. Que él... iba a cambiarlo a causa de los dos... De míster Lester y de mí.

—¿Qué ocurrió después?

—Míster Lester no se presentó a la cita. Estuve preguntando por él, pero no le habían visto.

—¿Con quién habló usted, Jessica?

—Con Stillman. No le vio, por lo que empuñé el volante y me marché a Chicago.

Se imponía una pregunta o tal vez dos, y formulé la primera:

—¿Mató usted a su marido, Jessica?

—No, Cliff... Y eso... ya debería saberlo usted.

—¿Cambió ese testamento?

—No lo sé, y le digo la verdad. Tal vez... tal vez míster Lester lo sepa, pero yo no.

Era una posibilidad, con un rifle con mira telescópica y...

—¿Sabía míster Lester que íbamos a venir los dos a Evanston esta noche?

Frunció el ceño, cabalgó una pierna sobre la otra, se recostó contra el respaldo del sillón donde permanecía sentada y sus pechos se marcaron fuertemente bajo la tela, pero Jessica no pareció notarlo.

—¿Está pensando en que pudo ser él quien disparó contra nosotros dos?

—Es posible...

—Si lo cree así, pesquisa, es que está usted loco.

No contesté.

Pero a los pocos segundos inquirí:

—Según usted, Jessica, ¿quién pudo matarle?

Sonrió, pero ahora su sonrisa fue en extremo cansada.

—Yo misma pude hacerlo, Cliff. Tengo muchos motivos. Los mejores a juicio, no ya de la policía, sino de cualquiera.

—¿Y Brenan?

Se sobresaltó.

—Él también tenía sus motivos. Le obligaba a cumplir la ley... a medida de sus deseos. ¿Amenazas?... Sí, puede ser. Era poderoso en Chicago, en todas partes, y unos miles de dólares siempre abren las puertas a cualquiera. Pudo obligarle a hacer cosas sucias, como jefe

de policía, amenazándole con hacer que le destituyeran.

—Sí, es posible —dije.

Me puse en pie y Jessica me imitó.

—¿Se... se marcha?

—Claro. Estoy trabajando, ¿sabe? Tratando de sacarla de un lío... si puedo, aunque por el momento no sé cómo.

Caminé hacia la puerta que daba acceso al pasillo, y Jessica me prendió de un brazo.

Noté el temblor de sus dedos.

—No se marche, Cliff. No lo haga. Quédese esta noche... No, no... Tengo miedo, ésa es la verdad. Estoy... estoy aterrorizada, desde que... que... Por favor, quédese.

Estaba pálida, temblaba, y mirándome en sus ojos supe que me estaba diciendo la verdad, y que pensaba, al igual que yo, en Lester y en su rifle con mira telescópica, y en algo más en lo que ni se atrevía a pensar, pero que, por contraste, no podía olvidar.

—Venga, Cliff...

Me estaban esperando.

Ésa fue la segunda cosa en qué pensé apenas les vi, ya que la primera es que creí que era a los dos, pero me equivoqué de medio a medio cuando el tipo afeminado preguntó:

—¿De nuevo en Evanston, pesquisa?

—No hay ley que...

—Eso no es lo que piensa el teniente.

—¿No?

—Por supuesto que no, Petterson. ¿Viene?

Miré al gigante, con su uniforme de policía, y en aquel momento noté el movimiento de la mano nerviosa de Jessica, sobre mi brazo.

—¿Dónde?

—Al precinto, pesquisa. El teniente quiere verle.

—De acuerdo, vamos.

Empecé a andar, cuando el otro policía dijo:

—Ella se queda aquí.

Intuí más que vi el movimiento de los labios de Jessica y la interrumpí antes de que pudiera decir nada.

—Haz lo que te dicen, Jessica. Anda, ve al Mochuelo Rojo y espérame allí.

—Pero, Cliff...

—Hazme caso, Jessica. No empieces a crearme problemas ahora.

No respondió, se soltó de mi brazo, acarició su mejilla ante la mirada un tanto burlona de los dos policías y empecé a andar, volviendo la espalda a la muchacha.

Vi a Brennan poco más tarde, sentado como la vez anterior, tras su destartada y sucia mesa despacho. Y también como la otra vez, ambos policías se colocaron a mi espalda, aguardando cualquier señal de Brennan, aguardando no sabía qué.

—Siéntese, pesquisa.

Era una invitación cortés, pero sus ojos estaban fríos.

Obedecí en silencio.

Esperé, sabiendo de antemano lo que iba a preguntarme, y no me equivoqué.

—¿Puedo saber qué hace en Evanston, pesquisa?

—Estoy tratando de encontrar a un asesino.

—Eso es cosa de la policía local. Aquí no tiene derecho a ejercer sus actividades, aunque puede llevar esa pistola.

—¿Y...?

Siguió un silencio y de pronto vino la pregunta:

—¿Qué fue lo que le ocurrió anoche, Petterson?

—No sé a lo que se refiere —dije.

Pero mentía.

—Estoy tratando de saber quién disparó contra el coche de *mistress* Donalson. ¿O debo decir de *mistress* Petterson?

Hice una mueca.

—¿Puedo saber cómo...?

—¡Claro que puede! Acaba de telefonarme el juez Ricks, diciendo que *mistress* Donalson se había casado con usted no hace ni diez minutos. ¿Un nuevo dueño de la empresa? Y dígame, Petterson: ¿cómo logró engatusarla de ese modo para que...?

—Es fácil, teniente —respondí sin perder la calma—. No olvide que maté a su marido, con ese objeto. Él era un saco de dólares y... y... Bueno, los quería para mí.

Su violenta maldición, mientras se ponía en pie, no me sorprendió porque la esperaba.

No me moví; esperaba algo más, pero no lo que sucedió.

Ante mis ojos le vi serenarse mediante un violento esfuerzo y luego enfrentó a sus secuaces.

—Salid —dijo.

—Pero, teniente...

—¡Dejadme solo con él, cuernos! Vamos, ¿a qué esperáis?

Los dos policías se miraron entre sí y luego, ante mi sorpresa, dieron media vuelta y abandonaron el despacho.

Quedamos frente a frente, mirándonos. Brenan aún en pie, tras la mesa, y yo sentado. Fue él quien rompió el silencio, dejándose caer sobre el sillón que ocupara hasta el momento en que se puso en pie.

CAPÍTULO X

—Vamos, pesquisa, suéltelo de una vez.

—¿Qué es lo que debo soltar, según usted? —indagué.

Hizo una mueca, vaciló unos segundos y finalmente respondió:

—El nombre del asesino. Sé que usted ya sabe quién mató a Jeff Donalson.

Y recalcó la palabra «ya».

Le miré pensativamente, dudando, sabiendo que hiciera lo que hiciese, dijera lo que dijese, no iba a creerme.

Me decidí al fin.

—No lo sé —dije—, y no hay más verdad que ésta.

—¿No?

Arqueeé levemente una ceja.

—¿Qué significa esta pregunta, teniente? —inquirí a mi vez.

Ahora el que dudó fue Brenan, pero lo hizo por pocos segundos.

—¿Quiere decir que Jessica no fue quien le mató? Pudo ser así, y por eso contrajo matrimonio con ella, ¿no? Es... un modo como otro cualquiera para librarla de la policía... no sé por cuánto tiempo, porque al final caerá.

—Sí, cierto, pudo ser así, teniente.

—Pudo ser, evidentemente, pesquisa. ¿Y...?

—Lo que ocurre, teniente —corté, siempre sin perder la calma—, es que *mistress* Petterson, su esposa, no tiene un rifle con mira telescópica, y posiblemente con visor nocturno —hice una ligera pausa que no interrumpió, y disparé la pregunta—: ¿No tendrá usted uno por casualidad, teniente?

No se alteró; su semblante frío, hermético, frente al mío, no cambió. Tampoco hubo alteración alguna en su voz cuando respondió:

—Cierto que podría tener uno, que lo tengo, pero mi dedo no fue el que apretó anoche ese gatillo. Jamás dispararía contra

Jessica. Métase eso en la cabeza de una vez por todas.

—Usted también, teniente, tenía motivos...

—Seguro —me interrumpió fríamente—. No me gusta hablar mal de los muertos, pero Jeff Donalson era un sucio hijo de perra... y voy a lamentar que alguien le eche el guante a su asesino. Sí, lo voy a lamentar mucho.

—Lo que en otras palabras quiere decir...

—Que no voy a mover un solo dedo para buscarle —declaró con no menos frialdad—. Cierto que tampoco voy a impedir que usted siga investigando en Evanston. No, no voy a tratar de impedirlo. Por mí puede quedarse el tiempo que quiera, y hacer todas las preguntas que le dé la gana.

Me dejó helado, pero a pesar de eso inquirí:

—¿A qué ese cambio de parecer, teniente?

—Si algún día averigua la verdad, pesquisa, le tendré, a usted por un hombre inteligente.

Guardé silencio por espacio de algunos segundos, y luego formulé una nueva pregunta:

—¿Qué puede decirme de Jim

O'Sullivan?

Sé que a pesar de ser menor de edad, tiene uno de esos rifles automáticos.

—Sí, así es.

—¿Por qué?

—Míster Donalson se lo dio, como un regalo, el día que cumplió los dieciocho años. No pude hacer nada por evitarlo.

—¿Chantaje?

Sin responder a mi pregunta replicó:

—Y ahora, si tiene algo que hacer fuera de aquí, le ruego que se marche.

Me puse en pie formulando otra pregunta:

—¿Qué relaciones había entre esa secretaria y

O'Sullivan

hijo? Me refiero a Liz, ya sabe.

—Puede preguntarle al chico, o a la muchacha... Apuesto a que ninguno de los dos le contesta.

Mirándole atentamente, sin querer dar crédito por el momento a lo que oía, dejé caer una a una las palabras:

—Desde luego, teniente, Liz jamás contestará a mis preguntas.

Elevó las dos cejas, quizá fingiendo un asombro que no sentía, y preguntó:

—¿Quiere decirme por qué?

—¿Pero no lo sabe, teniente?

—Por supuesto que no. ¿Qué diablos...?

Le interrumpí con una maldición.

—¡Cuernos, teniente! —estallé—. La asesinaron, ¿comprende? La mataron en mi propio apartamento, de un tiro. En Chicago. Puede ponerse, si quiere, en contacto con el Departamento de Homicidios de allí.

—No voy a hacer nada de eso, Petterson. Ya le dije que...

—Sé lo que me dijo, teniente —traté de sonreír sin conseguirlo y añadí—: También sé que usted cree que fue mi esposa la que lo liquidó, y por eso no desea moverse, por eso trata de dar carpetazo al asunto, sin pensar en las consecuencias que eso pueda tener para usted a la corta o a la larga. Otro, en mi lugar, se lo agradecería, pero yo no.

Giré en redondo sobre los tacones de mis zapatos y alcancé la puerta sin que se moviera del sillón ni pronunciara una sola palabra.

En el pasillo tropecé con los dos policías de uniforme, y oí la pregunta del gigante.

—Qué, pesquisa, ¿cómo le fue con el teniente?

No contesté; continué andando y alcancé la calle.

Jessica estaría esperándome en la barra del Mochuelo Rojo, frente a un vaso de cualquiera sabía qué.

Pausadamente, sin prisa, me encaminé hacia allí.

Pensaba intensamente en el teniente Brenan, desmenuzando una a una todas las frases que ambos habíamos pronunciado en el transcurso de la misma.

Estaba allí, sobre uno de los altos taburetes, con una pierna sobre la otra al lado del abogado Lester, cuyos ojos se encontraban clavados en la perfecta simetría de sus muslos desnudos.

Mis ojos se helaron cuando avancé hacia ellos.

Jessica fue la primera en volverse a mirarme, y casi en el acto Lester siguió la dirección de su mirada cuando la vio sonreír.

Vi cómo su rostro se crispaba y luego, al segundo siguiente,

volvía a su normal expresión.

—Hola, Cliff —dijo, ofreciéndome los labios—. Creí... que tardarías mucho más.

Fui a decir algo, pero Lester se me adelantó:

—Creo que debo felicitarle, ¿no, pesquisa?

—Quizá... —dije en tono evasivo—, si me dice antes qué diablos hacía anoche en Evanston, concretamente en esta misma calle, llevando entre las manos un rifle automático con mira...

—¡Cuernos! —estalló—. Eso mismo me preguntó Jessica. ¿No me irá a decir que sospecha de mí como posible asesino de...?

—¿Y por qué no? —pregunté a mi vez, secamente—. Usted también tiene un motivo. A mi parecer, el mejor. Crimen pasional, por causa de Jessica, ¿no? Jessica, que se le fue de las manos. Jessica, que... será la causa de que trate de asesinarme a mí, ¿verdad?

—¡Clifford!

Sin hacer caso a su exclamación, esperé la reacción de Lester, que no tardó en llegar, sin que se descompusiera en lo más mínimo:

—Pude hacerlo... por ella. La amo, pesquisa, y usted lo sabe. Es mía; no lo olvide. Voy a probar a Jessica que usted, de ella, sólo quiere el montón de dólares que representa.

—Estás... mintiendo. No... ¡No es verdad!...

Hice un gesto con la mano y Jessica se interrumpió.

—¿Y usted, Lester, no deseaba de ella lo mismo? ¿No mató a Donalson precisamente porque deseaba contraer, también, matrimonio con Jessica? Por tanto, ¿qué hay de malo en que yo, más listo que usted, sin ser abogado, lograra en pocos segundos lo que usted ambiciona desde hace años? Y ahora, ¡lárguese al cuerno, o voy a partirle en dos con las manos, sucio!

Di un paso, otro, y Jessica me prendió del brazo.

—Por favor, Cliff —susurró—. No formes un escándalo aquí, en público. No te lo perdonaría nunca... En cuanto a lo que dijo de mí y él...

—Olvídalo, muchacha. Sé lo que buscaba tu amigo, el abogado de tu familia, y aunque sea jugar un poco a las palabras, sé que también él sabe que lo sé.

Lester no respondió, se apartó de la barra, dio un par de pasos hacia la puerta y ante la mirada curiosa del silencioso barman, le

llamé.

—Espere un momento, Lester —dije.

Se detuvo como si hubiera tropezado con una invisible pared, y a continuación se volvió a mirarme.

—¿Qué diablos quiere ahora?

—Aún no ha contestado a mi pregunta —respondí.

—¿Qué pregunta?

—A cierto paseo con un rifle.

A mi lado, mirándonos alternativamente, Jessica callaba.

—Encontré el rifle, pesquisa, no muy lejos del lugar donde dispararon contra vosotros dos.

—¿Dónde lo tiene?

—¿El qué? ¿El rifle?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Eso no le importa a usted, Petterson.

Dio media vuelta y abandonó definitivamente el Mochuelo Rojo, sin que yo hiciera nada para detenerle.

Miré a Jessica.

Tenía el vaso en las manos y se lo estaba llevando a los labios.

—¿Has visto a Jim

O'Sullivan?

Su mano se detuvo a media altura, vaciló unos segundos, frunciendo su bonito ceño, y contestó con una pregunta:

—¿Estás sospechando que sea ese... quien... quien...?

—Cabe en lo posible, ¿no? Menor o no... los menores también matan, no lo olvides.

No respondió y empezó a beber. Al terminar, mientras yo tomaba el vaso que contenía el Manhattan con hielo que había pedido, ella preguntó:

—Cliff, ¿es cierto lo que le has dicho a Lester?

—¿Respecto a qué?

—A mi fortuna. Dijiste que tú habías logrado conseguir lo que él deseaba desde...

—¡Claro que es cierto, querida! Me gusta el olor de los dólares.

Respingó sobre el taburete, me miró a los ojos, me dedicó una sonrisa y respondió:

—Eso, marido, no voy a creerlo ni aunque me lo jures de

rodillas. Pero por si acaso, voy a dar orden a Lester, como mi abogado, que haga lo posible por mantener esos dólares lejos de tus manos; lo más lejos posible.

Y se echó a reír.

La coreé en su risa diciendo:

—¿Nos vamos?

Sus ojos chispearon.

—¿Dónde?

—A tu casa.

Estaba regocijada en el momento en que preguntó:

—¿Tan pronto, querido?

No deseaba hacerlo, no quería matar aquel regocijo, pero aun así repliqué:

—Voy a acompañarte hasta allí, Jessica, pero no entraré contigo.

—¡Cliff!

—Estoy buscando a un asesino. Estoy, también, tratando de que un menor vuelva a su casa sin que esto se convierta en un caso federal. Y por último, Jessica, amor, quiero saber dónde estaba Jim la noche en que dispararon contra nosotros y en qué lugar guarda ese rifle... y si lo tiene aún.

—Pero, Cliff, ese muchacho no... no...

—Dime entonces quién lo hizo, querida —respondí brutalmente—. ¿Tú? ¿O acaso fue el gran amigo de tu familia? El abogado Lester, ¿verdad?

Me miró abriendo los ojos con asombro, hasta que de pronto saltó del taburete al suelo y me enfrentó, mucho más regocijada que nunca.

—¡Pero, Clifford! —exclamó—. Pero ¡si estás celoso!

—¿Quieres irte... irte...? ¡Al cuerno! —completó ella con absoluta desvergüenza, colgándose de mi brazo—. Vamos, querido —añadió—, voy a dejarte solo lo que resta de tarde. Pero si no te veo aparecer para la hora de la cena, voy a poner en pie a todo Evanston. Te lo prometo.

—No vas a hacer nada de eso, muchacha —contradije, tirando de ella hacia la puerta.

Y respondió, justo cuando cruzábamos el umbral hacia la calle:

—Correcto, querido, en casa el que debe llevar los pantalones es el marido.

Me atraganté, por lo que no obtuvo respuesta de mí.

Entramos en el «Mercedes» blanco, ella frente al volante.

Arrancó sin pronunciar palabra, sin mirarme, pero a través del retrovisor pude ver el burlón regocijo que había en sus ojos.

Continué callado, por lo que llegamos a las cocheras en el más completo silencio.

Jessica se encargó de romperlo, abriendo ya la portezuela para descender.

—¿De verdad que no vas a subir conmigo, aunque sea un poco?

Negué con la cabeza y en palabras:

—Estoy deseando terminar con todo esto, Jessica, y dedicarme a ti por entero.

No respondió, pero allí, en medio de la calle, en las sombras, con un ligero grito se colgó de mi cuello, por lo que permanecemos por espacio de más de un par de largos minutos estrechamente abrazados.

CAPÍTULO XI

Perdí cerca de tres cuartos de hora hablando con Stillman, pero no pude sacar nada en pie. Nada, como no fuera que no había visto a

O'Sullivan

padre ni tampoco a su hijo.

Por lo visto, el melenas no se había presentado aquel día al trabajo.

Recordé a Liz, la secretaria, y pensé, un tanto asombrado conmigo mismo, que hasta aquel instante, y tal vez por una rara asociación de ideas cuando el nombre de Liz saltó a mi mente, que ni siquiera en todas aquellas horas, había recordado a Carrie.

Me encogí de hombros, y abandoné los talleres y por tanto la compañía de Stillman palpándome el bolsillo donde guardara las llaves del «Mercedes» de Jessica, y frente al volante emprendí el camino de Evanston.

Entré en el Mochuelo Rojo, pero no pude ver al melenas Jim, ni tampoco a su padre, y por tanto de nuevo me vi en la calle, buscando ahora una cabina telefónica.

Dos cuadras más abajo la encontré me metí dentro y levanté el auricular.

—Operadora, ¿dígame?

—Deseo larga distancia —respondí—. Con el precinto número ocho del Departamento de Homicidios de Chicago, De persona a persona, ¿comprende? Quiero hablar con el teniente Alf Lancaster.

—Deposite... —me dio el importe, deposité las monedas en la ranura correspondiente y al instante oí su voz—: No se retire, por favor.

No lo hice.

Esperé, desde luego, pero fue muy poco; cuestión de quince o veinte segundos, pero ni uno más.

—Dígame... ¿Policía? ¿Eres tú, Cliff?

—Correcto, teniente —respondí—. Soy ese mismo que dices.

Hubo un ligero silencio y preguntó:

—No irás a cargar la conferencia al Departamento de Homicidios, ¿verdad?

—Confieso que no pensé en ello, pero ahora que lo dices...

—Vamos, Cliff, suéltalo ya. ¿Qué es lo que ocurre, y qué haces todavía por Evanston?

—Trato de cazar a un asesino, y eso ya lo sabes... Ahora, ¿puedes decirme a qué hora murió Liz?

—Entre las doce y la una, pesquisa.

—¿No puedes precisar más?

—No puedo, el forense tampoco puede, nadie puede a no ser el asesino, y eso ya lo sabes. Oye, ¿quién es?

—¿Quién es...?

—El asesino, fisgón. ¡Tú lo sabes! —me acusó.

¿Qué podía decirle? Nada, absolutamente nada. Él, lo mismo que Brenan, tampoco me creería si lo negaba, y la verdad era aquélla. Estaba dando palos de ciego y lo que era peor es que no sabía hasta cuándo dejaría de darlos, o aquel caso era un hueso demasiado duro para mí.

—Cliff, ¿estás ahí?

Le dediqué una sonrisa al auricular.

Así es. Estaba... pensando.

—¿En mi pregunta?

—Sí.

—Bien, ¿por qué no respondes?

—Por la sencilla razón de que sé que no vas a creerme.

—¿No...?

Su pregunta, sencilla en demasía, sonó burlona a mis oídos, por lo que no contesté.

Entonces añadió:

—Vamos, Cliff, ¿quién fue el tipo que se lo cargó? ¿Acaso Jessica Donalson...?

—No lo sé, Alf, y te estoy diciendo la verdad.

No me contestó, se limitó a cortar la comunicación, y a mi vez deposité el auricular del mío sobre su soporte.

Abandoné la cabina y fui al «Mercedes», y otra vez me vi

conduciendo de bar en bar, tratando de hallar a Jim O'Sullivan

o a su padre, pero no pude encontrarles.

Incluso fui al hotel donde se hospedaba el viejo, pero no se había presentado en todo el día, por lo que me pregunté si padre e hijo se habrían reconciliado finalmente, y ahora marchaban juntos hacia Chicago... sin haberme dicho nada al respecto, cosa que no me extrañaba después de mi última conversación sostenida con el viejo.

Me detuve en otro bar, cerca de la gasolinera donde repostara en mi primer viaje a Evanston, acompañado de mi secretaria, y me acerqué a la barra.

Cuando lo hice, el cielo estaba tachonado completamente de brillantes estrellas. En algún lugar de aquel cielo no tardaría en aparecer la luna.

—¿Qué le sirvo, míster...?

—Un *whisky* —corté—. Y ponga tres cubitos de hielo.

Me sirvió antes de que pudiera darme cuenta de que se había ido de mi lado para buscar la botella y el vaso.

Empecé a beber pensando, recordando, repasando mentalmente todo lo acaecido hasta el momento presente, pero la luz que esperaba no nació en mi cerebro por lo que, descontento conmigo mismo, abandoné el taburete de la barra, crucé el local y entré en una de las cabinas telefónicas.

Disqué.

Y maldije un par de veces cuando nadie se puso al otro lado del hilo. Al parecer, a pesar de lo hablado, Jessica había abandonado el apartamento que tenía sobre las oficinas de la empresa.

Volví a discar, ahora al Mochuelo Rojo, pero allí tampoco la habían visto a partir del momento en que yo estuve allí.

Maldije de nuevo, corté la comunicación y regresé a la barra y a mi *whisky*.

Empecé a beber, y de pronto mis ojos cayeron sobre el periódico que había sobre el pulido mostrador, muy cerca de mí. De modo inconsciente alargué la mano y lo tomé.

Era un diario, uno cualquiera, con la fecha de aquel mismo día. Un diario de la mañana.

Empecé a hojearlo, y mientras lo hacía, la verdad estalló en el

interior de mi cerebro con la fuerza de una explosión.

Durante unos segundos permanecí completamente inmóvil, con los dedos crispados sobre el papel, pensando en que había sido un estúpido... o tal vez no.

Continué hojeando el diario, ahora lentamente, consciente ya, y pensé en el teniente Brenan del Departamento de Homicidios de Evanston. Aquello era, desde luego, sin lugar a dudas.

Pedí otro *whisky*; ahora ya no importaba ni poco ni mucho el tiempo que permaneciera en la barra, ahora ya sabía quién era el asesino. Bastaba levantarme de allí e ir a la cabina telefónica, marcar un número, o ponerlo todo, absolutamente todo lo que sabía, lo que sospechaba, la realidad de unos hechos, en manos de... quien no aceptara unos dólares por evadir el cumplimiento de su deber, y...

Bueno, fuera lo que fuese, para mí, el caso estaba resuelto.

Levanté el vaso y bebí lentamente, meditando profundamente sobre los pros y contras que aquello pudiera tener para mí.

Al mediar el vaso abandoné por segunda vez el taburete, y también por segunda vez entré en la cabina telefónica del bar.

Disqué, deseando comprobar una cosa.

Lo conseguí después de una ligera discusión, y cuando empezaron a formularme preguntas, di las gracias cortésmente, colgué, y regresé a la barra sabiendo ya que no estaba en un error; sabiendo ya el cómo y el porqué del asesinato de Jeff Donalson y de Liz, de la bella y joven secretaria del cacique de Evanston.

Terminé con el *whisky*, aboné lo consumido y lentamente me encaminé a la calle.

Una visita más, la última del día, y ahora no iba a otro bar ni mucho menos. Tampoco perdí tiempo en tratar de averiguar si Jessica había regresado ya a su vivienda.

Llamé empleando los nudillos de la mano izquierda, luego de pasar la «Magnum» de la funda sobaquera al bolsillo derecho de la americana.

Luego, casi al instante, oí los pasos tras la puerta, el girar de la llave en la cerradura, y le vi enmarcado en el umbral.

—Buenas noches —saludé—. ¿Puedo pasar?

Me miró de pies a cabeza, como si no me hubiera visto nunca, y

preguntó a su vez:

—¿Para qué quiere entrar, pesquisa? Si es para formular preguntas, déjelo para mañana, ¿entiende? Ahora es bastante tarde para eso, ¿no?

—Es importante, a no ser que tenga a una señora ahí dentro.

Hizo una mueca indefinible con los labios, de nuevo me miró de pies a cabeza y lentamente se apartó a un lado.

Entré procurando no perderle de vista ni un solo segundo.

—Por aquí, Petterson —me indicó con un gesto el interior del apartamento, mientras cerraba la puerta tras de él—. Hablaremos en el *living*, si no le molesta.

Le precedí hasta allí.

—¿No se sienta?

Negué con la cabeza.

—Voy a marcharme ahora mismo —dije—. Tan pronto como conteste a una pregunta. Una sola, ¿comprende?

—No; por lo menos no del todo. ¿Y para una sola pregunta se presenta aquí a estas...?

—Dije que era importante. Tanto como para no poder dejarla para mañana.

—Bien, pesquisa, desembuche, y por esta noche... a pesar de... nuestros encuentros, puede largarse al cuerno.

—Quiere que me diga —repuse, con deliberada lentitud— en qué diario leyó lo del asesinato de Liz. Que yo sepa, no viene ninguno de los de...

No me dejó terminar; saltó a un lado llevándose la mano al bolsillo del pantalón. Dejé que sacara el revólver y entonces tiré hacia atrás del gatillo de la «Magnum».

La pesada bala le hizo dar media vuelta sobre sí mismo y luego le pegó contra la pared, y desde allí se deslizó mansamente al suelo, donde quedó hecho un ovillo.

Me acerqué sin dejar de encañonarle, tomé su revólver, lo guardé en el bolsillo y lancé una rápida mirada a mi alrededor, y vi el teléfono. Me acerqué, tomé con la izquierda el auricular, lo solté sobre la mesa y disqué sin dejar de apuntarle con la derecha.

Al terminar volví a tomarlo y me lo puse en el oído.

—Policía... ¿Diga...?

Era la voz del teniente Brenan y sonreí torcidamente.

—Acabo de pegarle un tiro a un hombre, teniente —dije—, en su propio apartamento. Venga, porque esta vez creo que no podrá soslayar esto.

Corté la comunicación luego de darle la dirección, y cuando ya empezaba a formular preguntas.

Miré al caído mientras me acercaba, «Magnum» en mano, hacia uno de los sillones donde me senté.

Se estaba desangrando, pero... nada podía hacer por el momento. No me fiaba o no quería fiarme.

Llegaron antes de lo que esperaba. En silencio, sin un ruido, como si el teniente Brenan no deseara alarmar a la al parecer dormida población de Evanston con el ruido de la sirena del coche policial.

Tampoco aporrearón la puerta, se limitaron a llamar, utilizando el zumbador, en forma comedida, y me puse en pie yendo hasta allí.

—¿Quién es? —pregunté, llevando de nuevo la automática en la mano.

—La policía. Abra, Petterson.

Quitó el cerrojo y franquéé el paso.

Eran tres; los mismos de siempre: el teniente y sus dos secuaces; el gigante y el otro.

Ni siquiera les miré. Mis ojos estaban fijos en el semblante inexpresivo de Brenan.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Allí, en el *living*.

Pasó por mi lado y le seguí, llevando otra vez a los dos policías a mi espalda.

Desde el umbral de la puerta le lanzó una larga mirada y luego se volvió enfrentando a sus dos hombres.

—Mirad a ver qué se puede hacer por él, si no está muerto.

—No lo está —intervine fríamente—. Un balazo en el hombro, que tal vez le haya roto el hueso en mil pedazos. Y ahora...

—Ahora supongo que tendrá ya palabras suficientes para...

Le interrumpí a mi vez:

—Siéntese, teniente, que el caso va a resultar un poco largo.

Lo hizo, sin dejar de mirarme atentamente, con los ojos fijos en la automática que yo continuaba empuñando, y adiviné que se

preguntaba si a fin de cuentas iba también a usarla contra él.

Entonces enfundé.

—La cosa —empecé sin dilaciones— empezó con la muerte de Donalson y luego con la visita de

O'Sullivan

a mi despacho de Chicago. No voy a extenderme, teniente, en los motivos por los que me contrató, ya que esto lo sabemos los dos bastante bien, ¿no es así?

No respondió a mi pregunta, por lo que continué:

—

O'Sullivan

padre tuvo la culpa de ese asesinato, aunque fue de forma indirecta.

O'Sullivan,

teniente, y el propio Donalson. Era odiado. Se le odiaba tanto como se le temía. Era... un cerdo con pantalones, al decir de cuantos le conocieron, ¿no? Pues bien, sospecho que después de los escándalos que

O'Sullivan

armó en el Mochuelo Rojo con Liz, y con todo aquel que quiso escucharle, y por culpa de su hijo Jim, amenazándoles de muerte una y otra vez, dio motivo con esto a que el asesino, otro de los hombres que también le odiaba, tuviera la idea de asesinarle él, cargándoles la culpa al padre o al hijo. Creo, lo sospecho solo, que aquella noche, como tantas otras, tuvo un altercado con Donalson, pequeño o grande, lo que no importa, pero altercado o palabras. Donalson se marchó, quizá después de soltarle algunas barbaridades por causa de las averías de los coches o cualquiera sabe qué. El asesino sabía sus costumbres, ya que le conocía. Esperó verle salir de los talleres y empuñar el volante de su coche sabiendo, repito, que iría adonde siempre, a tomarse un bocadillo con una cerveza, o un café, antes de emprender el camino de Chicago. El asesino tomó otro coche, fue hasta la carretera, se apostó cerca de la curva, llevando un rifle automático con visor nocturno. Usted mismo, no hace mucho, cuando le telefoneé antes de venir aquí, me dijo que la bala que mató a Donalson procedía del cañón de uno de esos rifles.

—¡Cuernos! ¿Y quiere decirme por qué lo utilizó, en vez de un arma más manejable?

—Por el muchacho, por Jim

O'Sullivan

—afirmé sin vacilar—. Él, como todo el mundo, sabía que Donalson le regaló ese rifle. Utilizándolo, podía muy bien culpar al chico. Si lo detenía la policía y le culpaba de los dos asesinatos, del de Donalson y Liz, jamás iría a la cámara de gas, siendo como es un menor. Es la ley, ¿comprende? Podía... ser un crimen pasional... que lo sería según el jurado, porque el muchacho se había enterado «entonces» de que ella le engañaba con Donalson, su patrono. Liquidó a este primero, y luego la siguió a ella hasta Chicago y también la pasaportó, en mi propio domicilio.

—Eso puede ser cierto, Petterson, pero la otra versión, la verdadera, ¿la sabe usted? ¿Por qué mató a Liz, luego de asesinar a...?

—¿Antes quiere contestar a una pregunta, teniente?

—Correcto, pesquisa, suéltela.

—Esa muchacha, Liz, ¿tenía coche?

Durante unos segundos me miró fijamente, y luego estalló:

—¡Cuernos! No me diga...

—Es lo que voy a decirle. El asesino utilizó el coche de Liz, y, siempre hablando en hipótesis, cuando regresó, ella le sorprendió... y más tarde, cuando se enteró de la muerte de Donalson empezó a atar cabos. Por eso murió, porque el asesino tuvo miedo y empezó a seguirla. Cuando la vio entrar en mi apartamento, perdió los nervios y la mató.

—Se equivoca, pesquisa. Se equivoca en eso.

Ambos al mismo tiempo nos volvimos a mirarle, pero la pregunta la formuló Brenan y no yo.

—¿Sí?... En ese caso, ¿quiere decirnos por qué fue?

—Trató de hacerme chantaje. Le dije que nos entenderíamos, pero ella me pidió una cantidad que no podía pagarle en modo alguno. Una cantidad que no tengo... y empecé a seguirla. Después... todo ocurrió tal y como ha dicho ese hijo de perra.

El tal era yo, pero no hice caso.

—No es tonto, teniente, por lo que no le costó trabajo adivinar cuál sería mi próximo paso, y esperó, supongo que durante horas, a verme aparecer en la carretera. El visor del rifle le permitió ver con claridad el coche, pero no disparó, ya que lo reconoció como el de la ahora *mistress* Petterson. Lo hizo cuando nos vio juntos, cuando

me vio con ella, cuando supo que tal y como había pensado, yo me encontraba llegando a Evanston, y entonces nos tiroteó, sin importarle ya matarla a ella también. Pero erró.

Me puse en pie y el teniente me imitó, con una pregunta en los labios.

—Ahora, ¿qué piensa hacer con el chico?

—¿Yo? Nada, teniente... Esto es cosa de usted —repliqué—. Curse esos papeles y que le obliguen a regresar con su padre. Y dígame al alcalde de Evanston que tenga cuidado, o la próxima vez iré por él. Hay un gobernador en el Estado, y sé cómo dirigirme a él. Tal vez no le agrade la forma de actuar de las autoridades de Evanston.

No respondió, se limitó a dar una orden a sus dos secuaces y vi cómo entre el gigante y el otro ayudaban a incorporarse a Stillman, y se lo llevaban.

Salí detrás de todos, en busca de Jessica.

Estaba esperándola, no sé desde cuántas horas antes o quizá fueron minutos.

Yendo de un lado para otro; de la ventana al sillón y del sillón a la ventana, entre sorbo y sorbo de *whisky*.

Jessica se estaba retrasando, cosa que no había hecho nunca durante aquellos tres meses de casados, hasta que finalmente vi los faros de un coche que se acercaban rápidamente, viniendo por el centro del bien pavimentado camino que unía los talleres de la compañía de la que ella era dueña, con la carretera de Evanston a Chicago.

Continué esperando, pero ahora fue poco.

Unos minutos, y entró en el *living*, donde me encontraba sentado ahora, con una revista en las manos y un *whisky* más que mediado a mi lado, sobre la mesita.

Me puse en pie para recibirla y también, como otras veces, nos besamos.

Al terminar sonreía.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—Por ahí dando un paseo. Tenía... Hoy tenía ganas de estar unos minutos completamente a solas con mis pensamientos —ladeó la cabeza para mirar mi vaso de *whisky* y preguntó: ¿Quieres servirme una copa, querido?

Di media vuelta y me encaminé hacia el pequeño pero bien surtido bar que ambos habíamos instalado allí.

Mediaba el camino cuando ella dijo a mi espalda:

—Es decir, si el muñeco o la muñeca no se convierten en borrachos antes de tiempo.

Me volví a mirarla. Impasible, tan impassible y fría como el primer día que la conocí.

—No te entiendo, Jessica —dije—. ¿Qué diablos quieres decirme?

Sonrió, tal vez con una sonrisa que yo jamás le había visto.

—Pero si es sencillo, tonto —exclamó—. Estoy embarazada, ¿sabes? Voy a darte... Voy a darte un hijo, marido.

Con un ligero grito se precipitó en mis brazos, y por primera vez en mi vida no supe qué contestarle a una mujer, que era la mía, y cuando más falta me hacía.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



